REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI | San José, Costa Rica **1936** Jueves 16 de Abril | Núm. 17

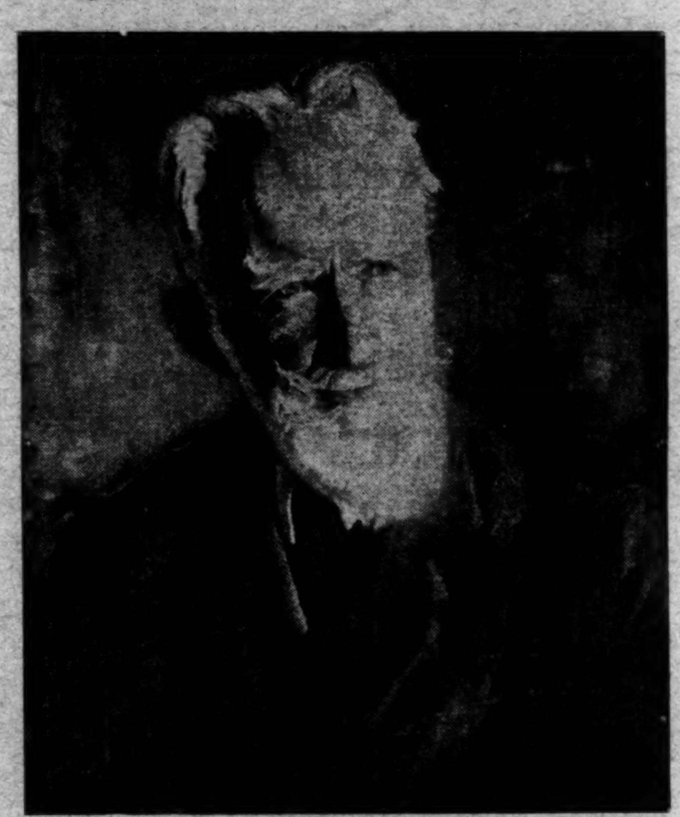
Año XVII — No. 752

SUMARIO

Bernard Shaw

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

= De *Cursos y Conferencias*.—Buenos Aires, República Argentina. Resúmenes hechos por *F. Anderson Imbert* =



G. B. Shaw
De un cuadro de *Walter Tittle*

I

VIDA Y OBRA

Para conocer bien a Bernard Shaw es preciso leerlo en inglés, porque, desgraciadamente, las versiones de sus obras a lenguas románicas son en general imperfectas, cometen errores de interpretación y quitan a su dialéctica la elasticidad y concisión que la distinguen. La deficiencia de estas traducciones tiene su explicación en el carácter de Shaw, quien, por solidaridad con amigos socialistas, les concedió los derechos de traducción de sus obras al francés y al español, sin reparar en que no eran ellos los más indicados para la tarea, porque no son hombres de letras. El poseedor de los derechos a la traducción española es luxemburgués; ni el inglés ni el español es su idioma nativo, y no domina ninguno de los dos literariamente. A esta despreocupación de Shaw en la selección de sus traductores se debe que su obra sea imperfectamente conocida en el mundo latino. Por excepción, hombres de letras de la América española han hecho traducciones sueltas de obras de Shaw: así, **El héroe y sus hazañas** (**Arms and the man**), versión de Mariano de Vedia y Mitre, o **Vencidos** (**Overruled**), versión del escritor mexicano Antonio Castro Leal, rector que fué de la Universidad Nacional de México. También es en la América española donde primero se escribió, en castellano, sobre Bernard Shaw: hace treinta años, el pensador cubano Enrique José Varona, recientemente fallecido, publicó un admirable artículo sobre **Cándida**. En la Argentina se han escrito diversos trabajos sobre Bernard Shaw: uno de los más extensos es la conferencia de Augusto Rodríguez Larreta.

De todos modos, en los países románicos ha sido tardío y es incompleto el conocimiento de la obra de Shaw. Y es de lamentar, porque en sus comedias tiene importancia la referencia a la actualidad: reflejan la atmósfera del momento en que fueron escritas, y leerlas después de treinta o cuarenta años significa perder alusiones interesantes que, recogidas en su hora, hubieran servido para nuestra orientación. Así, en **The Philanderer** (vertida por Broutá con el título de **Fascinación**), hay constantes alusiones a la influencia de Ibsen, que por entonces (1893) era novedad y extrañeza en Inglaterra. Lo útil hubiera sido ponernos en contacto con tales obras en su oportunidad. Y podemos afirmar que, por no haber incorporado a Shaw a nuestra cultura hace treinta años, perdimos la oportunidad de participar de modo pleno en movimientos intelectuales cuyo conocimiento nos habría resultado provechoso.

En realidad, la historia de la cultura literaria en los pueblos modernos podría hacerse señalando tanto las influencias recibidas como las que no se hicieron sentir. Para comprender una cultura interesa tanto saber lo que hay como lo que no hay en ella. Así, en la literatura inglesa de la era victoriana —los últimos sesenta años del siglo XIX — se echa de menos el influjo de escritores franceses del tipo de Renan. Entre los fermentos que le han faltado a la cultura literaria de los pueblos latinos está el de escritores ingleses como Shaw, que, sumado oportunamente al de Oscar Wilde, habría sido útil, con la ventaja de que la obra de Shaw es más sólida que la de Wilde. Oscar Wilde ha sido un artista brillante, ingenioso, pero la mayor parte de su obra es mero eco de creaciones ajenas. Shaw es mucho más original y agrega a su arte la sustancia vigorosa de los temas filosóficos y sociales.

Para tener idea precisa sobre la personalidad de Bernard Shaw, es necesario, ante todo, desechar las leyendas que lo rodean dándole fama de excéntrico, pero que empañan el verdadero sentido de su obra. Corren mil anécdotas sobre supuestas originalidades de Shaw; se le atribuyen frases que jamás pensó decir; las agencias de noticias trasmiten telegramas desconcertantes sobre la última opinión política que a cualquier periodista se le ocurre adjudicarle. Y lo curioso es que muy raras veces se toma Shaw el trabajo de despejar tamañas consejas: le preocupan muy poco. Pero quien quiera conocer su verdadera personalidad y sus ideas tendrá que hacer caso omiso de las anécdotas y acudir directamente a su obra, que es clara y sin ambigüedades: leyéndole, es muy fácil discernir qué hay de falso y qué de verdadero en los dichos y hechos que se le atribuyen. De Shaw no hay que esperar que desmienta nada: cuando mucho, lo veremos quejarse de que los periódicos le atribuyan ideas que precisamente ataca en obras como la **Guía de la mujer inteligente para el conocimiento del capitalismo y el socialismo**. Si sabemos, por ejemplo, que no es cierto que haya hecho alardes contra el uso del frac (cuando en realidad le parece una prenda democrática que iguala a los hombres), no es por él sino por Frank Harris.

¿Qué motivos hay para que circule la leyenda de que Shaw es un hombre de opiniones y ocurrencias extravagantes?

El caso resulta asombroso, porque nada de lo que piensa y escribe Shaw es confuso ni oscuro. Lo maravilloso en él es su claridad y precisión. No cabe ninguna duda acerca de lo que piensa. Cuando — a nuestro juicio — se equivoca, su equivocación está expresada con toda claridad. No hay posibilidad de confusión. Y cuando — a nuestro juicio — acierta, su acierto está expresado con igual claridad.

Pero esta claridad y esta precisión mental sorprendentes se valen de una dialéctica que también sorprende. Bernard Shaw es un humorista. Y esto aclara un poco el por qué de la incomprensión que le acompañó desde el principio. Muchos de sus primeros lectores no supieron verdaderamente qué era lo que Shaw se proponía. No estaban habituados ni a las ideas que él exponía ni a que el razonamiento lógico adoptara formas humorísticas. Esta dialéctica humorística como vehículo de ideas muy serias resultaba rara en la época en que él apareció. Con el tiempo, esta mala inteligencia ha desaparecido, sin embargo, y hoy todos los que han leído a Shaw están de acuerdo en que su sistema de ideas es claro y congruente. La obra de Shaw sólo puede parecer confusa, hoy, a quien no la conozca sino a través de las leyendas.

De su vida nada novelesco puede decirse. No hay acontecimientos personales extraordinarios. Los acontecimientos extraordinarios son sus propias obras. Lo que sí vale la pena observar es que entre su vida y su obra hay coherencia perfecta.

Shaw nace en Irlanda (1856), en una época en que nacen también muchos irlandeses que han de adquirir, como él, gran importancia en la literatura inglesa: Oscar Wilde; el gran novelista George Moore; el admirable poeta y dramaturgo William Butler Yeats, a quien, para desgracia nuestra, ni siquiera el Premio Nobel ha podido darle circulación universal; el no menos admirable poeta "A. E. (George Rusell); Lady Gregory, la gran colaboradora de Yeats en el movimiento del teatro irlandés. Y ya que mencionamos el teatro irlandés, es oportuno advertir que Shaw no ha escrito para él sino una obra: **La otra isla de John Bull**.

Además de los grandes escritores nombrados, por entonces nacen en Irlanda también escritores de otro orden, como Frank Harris y Conan Doyle, y periodistas hábiles como T. P. O'Connor o de gran iniciativa como Lord Northcliffe.

Circunstancia importante en la vida de Shaw es la de haber nacido en la católica Irlanda, pero en una familia protestante. Es importante, porque nos avisa que Shaw no ha podido participar de las emociones comunes de los irlandeses católicos y que, por lo tanto, en la misma Irlanda, se vió desde la primera hora en una situación de relativo aislamiento. Y esta independencia la ha de conservar también cuando a los veinte años va a Londres. Aquí Shaw no se siente inglés sino irlandés. Está, pues, en una posición de íntima independencia tanto para Irlanda como para Inglaterra. Como protestante en país católico, Shaw tiene una visión clara de cómo es el país en que nace, de cuáles son sus rasgos característicos y sus limitaciones. Como irlandés en Inglaterra, Shaw será un crítico agudo, penetrante, de la vida inglesa. Y aún hay otra situación paradójica en la vida de Shaw. Pertenecía — en Irlanda—a esa clase social que en Inglaterra se llama "the gentry"; pertenece a la casta de los hidalgos, pero nace en familia empobrecida. Mucho orgullo, pero pocos recursos. Y atiéndase a la importancia que tiene el hecho de que Shaw no pertenezca estrictamente ni a las clases ricas ni a las pobres: él estará en la posición adecuada para ser buen juez de unas y de otras.

Hay otras circunstancias de su vida que lo van a convertir en un crítico agudo y en un razonador preciso: Shaw no tendrá la educación típica de los ingleses. ¡Y qué importante es esto!

Si a un inglés de las clases cultas le preguntamos qué cosa es la educación, nos responderá, seguramente, con este concepto: "Haber recibido una educación significa haber asistido a **las escuelas públicas** (que en realidad no lo son), es decir, las escuelas aristocráticas como Eton y Harrow, y haber pasado después por los colegios universitarios de Oxford o Cambridge". ¿Y qué es lo que se adquiere en Eton, Harrow o Westminster, y luego en Oxford o Cambridge? Una educación humanística, cuya base es el estudio de los clásicos en sus lenguas originarias. De las ciencias, sólo las matemáticas tenían allí cabida. Las ciencias abstractas fundamentales de formación moderna — la física, la química, la biológica. — apenas en este siglo han logrado irse abriendo camino. Todavía en este siglo, hombres eminentes como Bryce sostenían que estudiar química, por ejemplo, era cosa de especialistas. Y no la química de los investigadores, sino la química elemental que figura en los planes de estudios de los colegios secundarios de todos los pueblos latinos y de Alemania. El "gentleman" inglés no tenía por qué conocer el significado de H2 O., ni la ley de gravitación, ni las hipótesis sobre el origen de las especies: su equipaje intelectual debían constituirlo las lenguas antiguas, la literatura, la historia, las matemáticas clásicas (la geometría se estudió mucho tiempo en Euclides); en resumen, nada que no estuviera en los planes de estudios de la Edad Media. No en vano llamaba Newman al gentleman inglés "reliquia medieval". Este tipo de educación favorece la aparición de escritores de gran cultura humanística que son ornamento de la literatura inglesa; pero nada tienen que ver con ella los hombres de ciencia, como Faraday, Lyell, Darwin. En el siglo XIX, eso sí, se fundaron en Inglaterra universidades como la de Londres y la de Mánchester, donde se ha hecho amplio campo a las ciencias: pero Oxford y Cambridge son siempre las universidades de la nobleza, los "hogares de las causas derrotadas".

Esta educación humanística no había de recibirla Shaw. Se educó en las escuelas comunes de Dublín y a los quince años terminó su instrucción escolar. Tuvo entonces que trabajar para ayudar a vivir a su familia y estudiar solo. Es autodidacto y no cabe duda que tal condición ha influído benéficamente sobre su obra, como hizo notar Gilbert Murray, el gran helenista de Oxford, en unas lecciones que le oí. Comentaba, en aquella ocasión, la afirmación del helenista norteamericano Paul Shorey, de que Shaw sabía mal el latín, porque había traducido la célebre frase "Delenda est Carthago" como si significase, en pretérito, "Carthage was destroyed". A mi juicio la intención de Shaw no fué traducir la frase sino comentarla, refiriéndose a que, efectivamente, como se anunció, Cartago fué destruída. Observaba Gilbert Murray que ni Shaw ni Wells son "hombres educados", en el sentido tradicional que se daba a esa expresión en Inglaterra, y que a eso debían, precisamente, buena parte de su éxito. "Nunca se les ha fatigado la mente enseñándoles cosas a la fuerza", agregó, Murray. A su curiosidad siempre despierta, a su interés por estudiar las cosas sustanciales, a su sensibilidad para recoger los estímulos intelectuales de la época, deben ellos la vitalidad y frescura de sus obras. Recordó Murray que, siendo Shaw muy joven, paseaba con un amigo por las calles de Londres, y al ver una iglesia normanda del siglo XIII observó: "Mira, no se parece a ninguna de las otras construcciones". — "Claro, — le contestó su acompañante, — esa iglesia es del siglo XIII". — Pero Shaw no se refería a la diferencia que se debía a la vetustez del templo; le llamaba la atención que no estuviese construída como los demás edificios: hasta entonces no se había dado cuenta clara de las diferencias de estructura entre las iglesias y las casas. Pero el asunto le interesó, y por eso es hoy uno de los hombres que más saben, fuera de los profesionales, sobre la arquitectura de las iglesias de Inglaterra. Así, comentaba Murray, es como convendría poder aprender todas las cosas.

Entre las muchas cosas que Shaw estudió en su juventud, cuando no era general estudiarla en Inglaterra, figuraba la ciencia. Desde los quince años se interesó en ella. Leyó libros de física y de biología; leyó a Darwin, Huxley. Tyndall, autores cuyo conocimiento no estaba comprendido dentro de lo que las clases ricas inglesas llamaban "educación".

Además de adquirir esta instrucción científica, Shaw se formó al calor del arte. En el Museo de Bellas Artes de Dublín estudió con tanto empeño la colección de cuadros, que antes de salir de la adolescencia sabía reconocer el estilo de cualquier pintor allí representado. Y recibió también educación musical. Su madre conocía música y canto (más tarde habría de vivir dando lecciones) y él tuvo oportunidad, desde niño, de entrar en íntimo contacto con la música. A los quince años sabía de memoria óperas, oratorios y sinfonías; los cantaba o silbaba.

Durante cinco años, de los quince a los veinte, Shaw trabajó en Dublín. Es un período de angustiosas preocupaciones familiares. La situación se hace cada vez más difícil. El padre, hombre descuidado, gana poco. La madre decide trasladarse a Londres, donde da lecciones de canto. Allí se le une Shaw en 1876: durante nueve años, pocas veces halla trabajo remunerado; mientras su madre trabaja, él asiste a reuniones intelectuales y artísticas, discute, estudia y se hace hombre. En 1885 halla trabajo periodístico bien remunerado y desde entonces su vida es cómoda.

¿Cómo era Inglaterra en la

época en que Shaw llega a Londres? En 1876, la era victoriana estaba en su apogeo. Florecía la literatura. Habían muerto ya los dos gigantes de la novela. Dickens y Thackeray, pero seguían dominando el paisaje con sus sombras. Aun vivía George Eliot (+1880). Otras figuras habían ascendido: Thomas Hardy y George Meredith. Stevenson apenas comenzaba. Era desconocido Samuel Butler, a quien Shaw impuso en el siglo xx. En la poesía, Tennyson, los Browing, Swinburne y los prerrafaelistas. Había desaparecido John Stuart Mill (+1873), en quien termina la economía clásica y se transforma en socialista, pero quedaban en pie muchos pensadores: de los **profetas**, Carlyle estaba en sus últimos años (+1881); Ruskin y William Morris estaban en actividad. Ensayistas había muchos, y muy interesantes.

¿Y en el teatro? ¿Qué era el teatro en la Inglaterra de 1876?

Ante todo, no era un género literario: se consideraba que no pertenecía a la literatura. Fué preciso una larga lucha para reincorporarlo, y en esa lucha el combatiente principal va a ser Bernard Shaw. Las obras dramáticas ni siquiera se imprimían; su destino era perecer en el teatro. El teatro era diversión y no se admitía que se intentase convertirlo en expresión de cultura. Durante todo el siglo XIX, los poetas, como Byron, Shelley, Browning, Arnold, Swinburne, no lograban hacer representar sus obras dramáticas. Unica excepción: Tennyson, que halló intérprete en Sir Henry Irwing. Lo que imperaba eran el melodrama y la comedia, mezcla de sentimentalismo y comicidad de sainete. En los **Ensayos y opiniones sobre el drama**, de Shaw, puede verse la descripción de uno de esos melodramas, en que la heroína queda encerrada dentro de una caldera de vapor: Shaw dió a su crónica el título de **Boiled Heroine** (Heroína hervida), que se hizo célebre. Todavía a principios de este siglo se representaban estos melodramas en Nueva York (en realidad, sobreviven en el cinematógrafo): en uno de ellos, **The fatal wedding** (El matrimonio fatal), que alcancé a ver representar, había una escena en que la heroína se salvaba deslizándose por una cuerda tendida sobre un abismo, y al final un hombre despechado mata a tiros a una mujer en una iglesia, en el acto del matrimonio. Hace pocos años se tuvo la ingeniosa ocurrencia de resucitar en Broadway **El matrimonio fatal** y fué un sonoro éxito. Sólo que al revés, un éxito de risa. Los tiempos habían cambiado.

En la comedia las cosas iban mejor. Había, en ocasiones, escenas agradables, especialmente en las obras de Robertson. En general, los autores se creían obligados a efectos cómicos burdos, como el de la embriaguez. Hasta el mismo Shaw ha dejado deslizar en una de sus obras una escena de embriaguez, que no es sino un resto de viejas costumbres.

Antes de influir en el teatro inglés con sus producciones dramáticas, Shaw influye como crítico. Durante catorce años se consagra a la crítica literaria y artística. Hacía 1878 comenzó a colaborar en revistas y el primer resultado fué desastroso: su crítica musical pareció demasiado audaz a los empresarios: el colmo fué el elogio que hizo de Wagner cuando éste dirigió conciertos de sus obras en Londres. Los teatros suspendieron el envío de entradas gratuitas a la revista en que Shaw escribía (**The Hornet**). Pero desde 1885 ejerce con regularidad la función crítica. Los temas de sus campañas son principalmente tres, que en Londres escandalizaban a la mayoría: en pintura, el impresionismo: en música, Wagner; en teatro, Ibsen.

La crítica de Shaw es de calidad extraordinaria. Es digna de atención la que se refiere a los actores: por ejemplo, sus páginas sobre Sarah Bernhardt y Eleonora Duse. Pueden citarse descripciones sintéticas sorprendentes, como la que hace, en veinte líneas, de la Carmen de Emma Calvé. Como prueba de la agudeza de observación en la crítica teatral de Shaw, citaré una experiencia personal. Hubo en el teatro inglés una gran intérprete de las comedias de Shakespeare: Ada Rehan. La fama de esta actriz era universal. Pero cuando la vi, hace muchos años, sufrí una decepción: me pareció mecánica en su estilo, falta de fluidez, de vitalidad. ¿Sería la edad? La actriz estaba, ciertamente, en el período final de su carrera, pero no era la edad lo que endurecía sus gestos y quitaba flexibilidad a su arte. Leyendo después, cuando se reunieron en volumen, crónicas teatrales de Shaw, descubrí que muchos años antes de ver yo a Ada Rehan, cuando nadie tenía para ella más que elogios, Shaw percibía en ella comienzos de rigidez. "Es admirable, — decía, — pero en su arte hay algo mecánico que quizá dentro de diez o quince años se posesione y domine todo su juego escénico. Entonces, si este vicio mecánico se desarrolla, los que la vean se preguntarán: ¿Dónde está la gran artista de que hablaban antaño?"

En 1898, después de catorce años de crítica de libros, teatros, música y pintura, Shaw ya no pudo resistir más el esfuerzo: cayó enfermo. Abandonó, pues, la crítica, y se dedicó a publicar las obras dramáticas que había escrito. Era ya autor de novelas, novelas de juventud que contienen elementos interesantes, pero que no fueron al fin, sino ensayos para llegar al drama, donde encontró su expresión definitiva.

En 1884 Shaw había ingresado a la Fabian Society. Era socialista desde antes. Había leído mucho sobre cuestiones sociales. En 1883 oyó disertar, en Londres, al gran economista norteamericano Henry George, cuya doctrina del "impuesto único" le interesó mucho. Leyó después **Das Kapital** de Marx. La Sociedad Fabiana (su nombre se deriva de Fabius Maximus Cunctator, el Temporizador, el que venció a Aníbal con su táctica dilatoria) se proponía emplear métodos graduales, de evolución, para influir en la reforma de la organización económica del mundo moderno, y en particular de Inglaterra. Shaw desplegó una intensa actividad en el seno de la asociación, de cuya junta directiva fué miembro desde 1884. Como tal ha sido orador político, uno de los más brillantes de Inglaterra, y ha tomado parte en muchas campañas electorales, pero nunca ha aspirado a cargos parlamentarios. Ha sido probablemente el redactor principal de los Estudios y manifiestos de la Sociedad Fabiana. Mucha parte de esta labor se conoce como obra suya (en los **Fabian Essays** y en los **Fabian Tracts**, por ejemplo), pero otra gran parte no; Shaw ha regalado, así, al partido político a que pertenece, gran parte de su trabajo como escritor y como orador. No ha alcanzado con eso ninguna ventaja personal, pero ha contribuido a que la Sociedad Fabiana se convierta, de un pequeño club de amigos que era en 1884, en uno de los elementos esenciales de la política inglesa, influyendo en muchas de las orientaciones nuevas desde hace más de treinta años.

Además de hombre de letras, Shaw es, como se ha visto, un economista. El dramaturgo y el apóstol de un nuevo orden social están en Shaw íntimamente fundidos. La base de sus obras dramáticas es el estudio de la estructura social y moral de la civilización moderna. Sus comedias son una crítica de la vida europea, y principalmente la inglesa, en el siglo XIX. Esta crítica no es casual ni ocasional, como la de la mayor parte de los autores cómicos: está basada en un sistema de teorías filosóficas, estéticas y sociales.

(Seguirán)

En el prólogo a las selecciones de J. Ruskin que la «Nueva Biblioteca Filosófica» publica con el título *La Naturaleza y el Hombre* (Madrid, 1933), se lee lo siguiente, en la página 6:

El padre de Ruskin facilitó a su hijo todos los medios que pudieran servirle para desenvolver su inteligencia y saciar su amor al estudio; y la madre le inculcó la asidua lectura de las Sagradas Letras, haciéndole leer todos los años la Biblia «desde el principio hasta el fin»; y él mismo nos dice más tarde que aquella lectura le fué de grande provecho, como dictada por el mismo Dios.

José María Chacón y Calvo

El peregrino de los archivos

Por LINO NOVÁS CALVO

= Envío de *Rafael Suárez Solís*. Madrid. Diciembre de 1935. =

(Véase la entrega anterior)

La causa le produjo cuatro centenas; pero Chacón invirtió la fama que le dió en hallazgos folklóricos, donde siempre hay un calor humano. Era la puerta hacia las gentes sencillas que forman la base de sus afectos.

Era en 1914, año significativo para él, y no por la guerra, sino porque entonces entró en relaciones directas con Menéndez Pidal a quien llama siempre el gran medievalista español.

En 1918 incorpora Chacón a España parte de sus actividades. Fué al venir a Madrid como agregado a la Embajada. Todos los que conocen a Chacón lo tienen por un ángel de anchas espaldas, robusta musculatura y voz y trato afables, gran remador (el mar fué siempre el centro de su vida), montañista, amante del sol, amigo de los frailes y escritor de notas muy finas sobre muchas cosas. Su trato dice eso. Yo tenía miedo a su amistad. Es demasiado fino, extremadamente escrupuloso, raro cristal de Bohemia. Para mí su amor al pueblo es sólo afición folklórica. También esto choca, ¿por qué el folklore, los modos del pueblo? Chacón es hombre de aislamiento. Ama el retiro, la soledad. De niño meditaba junto a un arroyo que pasa por su casa; leía diez horas solo en una gran sala, donde, antes de los veinte años, había reunido, suyos, hasta mil quinientos libros; paseaba mucho por el camino solitario del campo. "Me hacía un gran bien andar en la noche, con mis pensamientos melancólicos y mis ambiciosos proyectos", me dijo. Luego comenzó a hacer versos.

Debieron de ser versos malos. El los llama fracasos rítmicos; pero la poesía está en su prosa, y por eso es tan cristalina. Es una prosa de ecos; no se toca nunca la realidad cruda; da la impresión de estar escrita en el mar tranquilo, después de una borrasca.

Por esto no parecen lógicas las influencias: Rojas, Nietzsche... **La Celestina,** fué la obra que primero se apoderó de él; estudió toda la literatura celestinesca existente. Le arrebataba su fuerza, su intensidad creadora. Sus personajes se les podía tocar con la mano, y sentir sus palpitaciones. Luego vino el **Origen de la Tragedia,** por donde entró en amistad con Pedro Henríquez Ureña, nietzscheano de América. Chacón no ha vuelto a leer este libro desde niño. Lo recuerda como algo que le sacude a uno en todas sus fibras. Un libro tormentoso y atormentado que abre perspectivas. Pero, después de dejarse arrebatar por él Chacón le cobró miedo, y se refugió en fray Luis de León.

Era la vida descansada después de la borrasca. El fraile salmatino le ganó por sus poemas, su doctrinal poético y su vida—no tanto por sus **Nombres de Cristo—,** su vida, en tan agudo contraste con el espíritu de su poesía: soledad, apartamiento, paz, silencio, precisamente lo que no tuvo el poeta en su vida. "Yo sentía esta tragedia profunda con un inesperado acento personal".

Sí, Chacón ama el silencio tenue, pero éste necesita contrapeso. A los 17 años dió una conferencia sobre el poeta Chenier; presentó a su héroe guillotinado como un dechado de clasicismo. Ya le dominaba el sentido de austeridad, de serenidad, de armonía interior, de desnudez formal. Pero al mismo tiempo se apasionó de tal modo con su héroe que en el discurso no pronunció una sola ese; todas las eses y las ces las convirtió en zetas, porque estas las sentía como un acento esencialmente clásico.

Así es en su vida. Se apasiona por la serenidad, la paz, la buena hombría, la humildad, la sencillez, y su pasión le arrebata hasta convertirle en un hombre impulsivo: esto explica su feliz labor en el epílogo tormentoso aun de la revolución cubana. Fué a luchar por la armonía y lo hizo con acierto y fortuna.

Al venir por primera vez a España ya Chacón había andado, solo, todo el mundo humanístico del que es guía Menéndez Pelayo. Había dado clases en barrios pobres, convivido con el pueblo humilde, dado conferencias y vuelto a modelarse por dentro, con eses, en el pensamiento didáctico y patriótico del Padre Varela, José Antonio Saco, Domingo del Monte y Luz Caballero. "Pero no era sólo el esfuerzo intelectual, la obra histórica, del filósofo, del maestro, lo que le atraía: era la conducta de aquellos hombres, su actitud de espíritu, su afirmación humana". Fueron quienes le infundieron la preocupación por los valores morales. Varona y Sanguily, maestros de su generación, eran sus guías y animadores. Chacón se negó a seguir las corrientes huecas de su tiempo y retrocedió a la sobria generación anterior para continuar su escuela

y llevarla hasta la misma puerta posterior de la revolución de 1933.

Volvió Chacón a Cuba en 1929. Había pasado once años en archivos, playas y montañas españoles. Había perdido el miedo a la erudición. Hoy, ésta le parece la cosa más inocente del mundo y recuerda el año 1917, cuando sintió una crisis contra la cultura, y renegó de sus libros y escribió versos y ensayos sentimentales. El tono de aquellos ensayos que tienen cierta música semejante a la de Azorín y Miró si se unieran, penetró en su obra de investigación, le dió poesía y profundidad. Aquella crisis, me dijo, fué una llamada de la vida. En lo más alto de ella escribió en su diario: "Hoy he decidido irme a Noruega. No me importa el idioma que desconozco, ni el frío que habré de sentir en extremo, ni la ausencia de los que quiero con el alma, ni el olvido en que podrán tenerme, ni morirme allá, solo, lejos, con una ansiedad profunda, con la voz que se ahogará sin brotar, con lágrimas trémulas cayendo con calma y compostura. Tengo que huir de todo, porque en todo veo este vacío de mis entrañas, de mi mente y de mi corazón. Y todavía algo late, y algo se despierta un momento y hay rumores de lucha y gritos angustiosos. Y luego un sueño, una quietud triste. Pero, ¿y la compasión? Y tener una misericordia de niño y ver candorosamente las cosas y percibir los lentos y rítmicos desdoblamientos interiores...?"

La crisis duró. Le acompañó a la diplomacia. Al principio fué una llamada de la vida. Luego "un vacío de la mente y del corazón". Acudió entonces a su San Francisco, y tornó de nuevo a empezar, humildemente por el camino de antes. En Cuba había dejado más de tres mil libros. Su amigo y pariente Don Cristóbal de la Guardia, le había legado parte: le dijo que sus hijos no tenían vocación por la Historia y que los libros deberían ser de los que los leen, como si dijéramos, la tierra de quien la trabaja. "No he sentido en mi vida de bibliófilo alegría como ésta: ¡Más de 1.500 libros! Chacón no sabía dónde ponerlos y al venir a España los dejó para custodiar en manos de cuatro personas: Félix Lizaso, el santo, que es también excelente ensayista; G. S. Garralaga, el poeta muerto hace pocos meses; José Antonio Fernández de Castro, el literato carbonario de Cuba, y Oscar Sallés, un millonario que gustaba más de drogas que de libros. Los primeros se encargaron de la parte literaria; los otros yo no sé qué habrán hecho con el resto.

En fin, allá quedaron los libros. Chacón concibió la diplomacia como un medio de trabajar por el buen nombre cultural de Cuba, y se dió a ello. Chacón comenzó a viajar por España. De entonces procede su **Hermanito Menor,** páginas de viaje estilizadas, quitando el viaje mismo y dejando sólo el emocional que produce. En 1918, en plena influencia gripal, escribía Chacón en su diario, con el título "Sentimientos del Paisaje":

"No he buscado aquí monumentos; sólo he querido ver el campo y los hombres del campo. También he ido a las ruinas. Han sido profanadas por los arqueólogos. Se han clasificado, se han llevado las rotas vasijas a una casa fea y nueva (museo), se han quitado sus columnitas; se han puesto a las calles de la ciudad ibérica nombres de letras: calle F, Calle G, ¡qué fatiga irse por la calle ibérica I para encontrarse con la

H! Y lo más tremendo es el monumento que han erigido, elogiando en su cúspide a un rey, a un senador. Y luego el escándalo de los periódicos discutiendo sobre estas ruinas con motivo de los trabajos de Schulten... Un aire de vulgaridad ruidosa, de erudición pedantesca, pasó sobre la ciudad en ruinas... Ayer fui a estas ruinas con cuatro amigos nuevos: uno que se ocupa de estadísticas y hace versos para certámenes; otro periodista, agudo, lleno de sinceridad, que fué la única amistad íntima de Antonio Machado en Soria ("Palacio, buen amigo", empieza una de las poesías de "Campos de Castilla"); un tercero que es un buen aficionado a los deportes, finalmente, otro muy ensimismado, muy tímido, muy fino, y con una pierna casi inútil. Me hablaban de unos arcos, me llevaron a un pozo seco lleno de arena. Aquí me expusieron toda la teoría de Varrio sobre el campamento de Scipión: luego las referencias de Appio Floro. ¡Cuántas cosas que yo no quería saber me fueron explicando! Me parecían muy bondadosos. ¡Y qué fino aire corría y cómo lucían bellas, con su color gris, las piedras amontonadas, en este campo verde, bajo un suave sol de otoño! A mis pies estaba el pueblecito de Garray; los cerrillos parecían de un Nacimiento. La Iglesia románica que tiene un olmo en su atrio, parecía haber estado siempre ahí, desde que ese cerrillo se creó. Todo estaba inmóvil, estático, con un suave resplandor en esta bella tarde de otoño. ¡Cómo se me fué entrando en lo más hondo de mí el aire y el color de Castilla! Fuí comprendiendo la palabra del poeta de Soria, fuí viviéndola con vida desconocida...

¿Estarías ya dentro de mi alma
antes de que mis ojos te sintiesen?"

Diarios de viajes interiores. La página transcrita la escribió en Soria, de regreso del Pirineo. Después viajó en la última diligencia de Castilla hasta Burgos, en el último viaje que se hacía en aquella diligencia. Eran los "tiempos heroicos de Simancas", cuando era preciso llegar a él en diligencia. Chacón ha incorporado aquella emoción a una de sus obras erudito-emocionales, o emocionadas: **El Documento y la Reconstrucción Histórica.** Así se hace vida y poesía la erudición. El pasado con su atmósfera de presente, que da marco a la propia atmósfera del documento, renace en él. Insisto en ello porque es una de las características más curiosas de la obra de Chacón.

Luego del Pirineo vinieron los pueblos más recónditos de España. Altos en sus viajes a los Archivos y a las playas, a los Monasterios y a las bibliotecas. Esto resume la vida actual de un investigador: es lo que le da carácter único. Los viajes curaron su melancolía. Se aficionó más y más a la vida de las gentes del pueblo y esa emoción le acompaña a los archivos. El hábito se fué calando amor adentro. Se hizo Chacón el peregrino de la erudición y llevó la erudición por los caminos, y nuevos caminos a la erudición. La Historia es su disciplina favorita, pero para que pueda interesarse en ella necesita hallar una palpitación de vida. De ahí su aversión a la arqueología. Es un sentimental y un místico de la erudición.

Su primer trabajo de investigación le define; se refiere al encuentro del Obispo Cabezas con unos piratas. Este asunto fué la fuente del primer poema que se escrbió jamás en Cuba: **El Espejo de Paciencia,** crónica en verso, llena de penetrante realidad: "Año de mil y un seis con cero y cuatro".

Es también el comienzo de un trascendental tema cubano: la intimidad con los piratas. Ya el Obispo hablaba en sus cartas de cómo en el campo no querían bautizar a sus hijos hasta que un pirata fuera su padrino.

Así busca Chacón la vida palpitante, sacándola de los legajos de Indias y Simancas. Es un modo de satisfacer su vocación folklórica y erudita a la vez, guardando a salvo su quebradiza sensibilidad. En su **Ideario de la Colonización** fija ciertas características de esta investigación histórica. Después de vagar por la crítica literaria ha dado finalmente en lo que es tema central de su obra de investigador: la última expresión de esta actividad es el trabajo titulado **Cristianismo y Colonización,** que sigue a la **Experiencia del Indio** y **Un Juez de Indias.** Pero al margen y a lo largo de sus estudios surge de pronto un documento o un personaje (como el Padre Martín Sarmiento) que le enamora y Chacón interrumpe temporalmente su labor oficial para sacarlos a nueva luz.

Todo eso parece vida regalada, poesía viva. Lo que me ha movido a escribir sobre él es su particularidad. Me pareció un hombre extraño o bien que los extraños eran todos los demás. Es muy especial de todos modos. Yo le veo errante por los pueblos, hospedándose en casas de pastores o labradores, tomando su diario e imprescindible baño de sol y agua y aire, invirtiendo en ello y en socorrer a los pobres todo su haber, y escribiendo emotivamente del modo de ser de gentes que han vivido y luchado, con la espada más que con la cruz, hace miles de años. Pero todo eso es desde arriba y yo no puedo sentir plena simpatía por quienes no hayan padecido dolor social de cuerpo y alma. Al fin y al cabo Chacón era un aristócrata como otros.

No precisamente. Un día me dijo: "Cuando yo era niño (¡pero si aún lo es hoy!, le dije yo), oía hablar de la riqueza de mi familia; cuando tuve quince años supe que estaba en la pobreza". No precisamente como los otros. Hubo dolores morales y familiares graves. Tuvo que templarse en una adversidad; tuvo que valerse por sí, a razón de tres centenes al mes. Hambre, lo que se dice hambre, no sé; pero ganas y debilidad las pasó también. Para mí, esto ya es un título de nobleza. Su época heroica cesó cuando le nombraron abogado del Ministerio o Secretaría de Justicia. Era hombre de buen ánimo, y se paseaba todas las tardes, indefectiblemente, una hora junto al mar. Siempre la soledad frente a la inmensidad.

Mas he aquí cómo se forma otra de sus características. Este afán de aislamiento no le ha hecho difícil ni inaccesible al trato y a la amistad. Al contrario. Chacón es un místico de la amistad. Basta con que el amigo le parezca ya moralmente sano, ya artísticamente bello. A veces se equivoca, claro. A lo mejor creerá que yo soy una persona. Pero si no lo cree no hay posibilidad de amistad con él. Su tema cuando habla conmigo, son sus amigos buenos: obreros, tejedores, playistas remotos, albañiles, frailecitos, pastores, negritos poetas, pobres de la calle, idealistas perdidos, músicos ambulantes, poetas fracasados, trabajadores intelectuales... La personalidad es preocupación constante suya. Hace años sueña con un libro que habría de titularse **El Gremio y la Catedral.** En él trataría de relacionar el arte, en gran parte anónimo, de la mejor Edad Media española con la personalidad del gremio. En sus papeles he visto yo una nota como ésta:

Lista de los oficios en la España romana:

Pescador de perlas.
Tejedor de lienzos.
Vendedora de túnicas interiores.
Canteros.
Marmolistas.
Cinceladores.
Orfebres.
Bateleros.
Escritor de entremeses.
Cómico para entremeses.
Gladiador.
Gramático latino.
Retórico griego.
Preceptor.

Todo en torno a la piedra de la Catedral y tomado del libro de Pérez Pujol. Todo un símbolo, me dijo él, de palabra.

En España la vida deportiva de Chacón gira en torno a los pastores: en Cuba a los pescadores. En 1922 —me dijo— comprendí que yo me debía, más que a los archivos y a las montañas, al mar. Y de la gente de mar, aquella que pesca sólo para sí y para los suyos es la que más le cautiva.

Pero antes que el mar está para Chacón el bien de su país, y es mucho decir. El es también un místico del patriotismo; pero no en un sentido de clases, sino de cordialidad y justicia global. A pesar de sus abuelos nacidos en Cuba, Chacón es en lo hondo un hombre "del norte". Como Fernando Ortiz, Jorge Mañach, Félix Lizaso, Elías Entralgo y otros intelectuales cubanos de hoy, no parece hombre del sur. Parece de climas fríos aun cuando el clima esté en su voz.

Chacón es en Cuba un enlace entre la generación anterior a él y la que vive inmediatamente después de él. En la historia de la cultura cubana hay que saltar los falsos valores de su generación para volver a tomar el hilo en los hombres de la postguerra. Estos hombres quieren a su país con un sentido práctico. Chacón odia las frondosidades y los sonidos huecos. Es, por tanto, impopular entre los retóricos de su generación. Un día dijo uno de esa generación: "Si nuestra madre es india, amemos a nuestra madre". Ahora en Cuba no hay indios. Chacón se indignó ante esas ganas de hacer frases. Para mí —me dijo un día— la cubanidad está en una serie de tradiciones de cultura que la mayoría quiere olvidar.

Pero cuando volvió allí en un momento crítico y se atuvo a esas tradiciones y llamó a los demás a considerarlas, todos, o casi todos, respondieron. Prueba de que estaba en lo cierto. Pero para él la cultura la representan los que crean. Es el espíritu del trabajo y el amor ideal lo que le da aliento y valor. Es lo que constituye los fundamentos de un Estado, aun antes de que forme una nacionalidad. Es el principio de propia conservación. Es lo que constituye un "deber" voluntario en la obra de Chacón y Calvo. No es un nacionalismo literario: es una obligación de conciencia.

Así él no es político al modo corriente. Hace política sin proponérselo. Jamás se adhirió incondicionalmente a ningún movimiento. Se atiene más bien a sus propios principios, que sobreviven por que están con la parte buena de la naturaleza humana. Ello le creó dificultades, pero eso no importa.

Mi sorpresa fué cuando vi que con su falta de política navegaba bien en un mundo en que no había más que política. La suya era exclusivamente cultural, cuando casi nadie pensaba en esto. Pero él se presentó allí y se plantó en esta posición. Poco a poco, los hombres comenzaron a reflexionar. Chacón no ofrecía paño rojo a nada. No había por qué cornearle ni acometerle. Su conducta era limpia. Yo creo que los hombres deseaban ya una ocasión honrosa para darse la mano. Mañach y Marinello, antiguos compañeros y a la sazón enemigos se saludaron en su Departamento. "¡Hola bolchevique!", dijo Mañach. "¡Hola abecedario!", contestó Marinello. Y se dieron la mano. Allí, presentes, estaban gentes de todos los frentes enemigos. Los había comunistas, fascistas, liberales, de todo. Con todos, en lo que era su fin, se sentía Chacón compatible. "Las ideas no deben ser causa de separación entre los hombres: sólo debe serlo la conducta".

Su fin era movilizar la cultura. Era su postulado de justicia social. En un artículo sobre el maestro ambulante hablaba Martí de que "nuestro campo olvidado, y nuestros pueblos perdidos, lo que necesitan es una campaña de ternura". Chacón apeló a la sensibilidad de los hombres. Cuando Regino Pedroso le preguntó de qué modo podía tomar él parte en el Patronato de Misiones Culturales, de cómo iba él hombre que sabía tan poco, hombre que se había formado junto a la fragua él, proletario poeta y poeta del proletario, a sentarse en mesa redonda con Fernando Ortiz, Jorge Mañach, Aguayo... Chacón le dijo solamente: "A usted le basta con su sensibilidad".

Con esa fe y ese entusiasmo organizó exposiciones de pintura, fundó la **Revista Cubana** (continuación de otra, con el mismo título, que dirigiera Varona), publicó **Cuadernos de Cultura**, fundó la Cátedra libre "Enrique José Varona" y proyectó la creación de cincuenta bibliotecas populares, la organización de misiones culturales, un museo ambulante, el cine educativo... Lo último no pudo realizarse; pero Chacón dejó sentado un ejemplo de convivencia en medio de las más enconadas rivalidades.

Hombre emotivo, Chacón ama sobre todo la serenidad. En 1929 estuvo en Cuba Waldo Frank y Chacón le llevó a ver a Varona. Lo primero que el yanqui preguntó a Varona fué: "¿Cree usted que existe la nación cubana?" A esto contestó Varona con la narración sobria y precisa de la formación de Cuba a través de sus recuerdos. Frank dijo que aquel era el hombre que más le había impresionado en América, y Chacón salió con mayor admiración si cabía al viejo filósofo. Otra vez investigaba Chacón en el archivo secreto del Vaticano cuando se le acercó el prefecto y le dijo: "Repare usted en una cosa: aquí los católicos estamos hoy en minoría. Hay judíos, protestantes, griegos cismáticos, racionalistas... Somos los católicos una minoría." Y Chacón salió con más fervor hacia aquella Roma tolerante. En otra ocasión — en una ciudad de provincias — Chacón dió una conferencia en un local frío de un centro de cultura popular, un día de temporal de agua. El local estaba lleno de gente de diversa condición social. El tema era: "La cultura, base de la tolerancia, fundamento de la convivencia, con ejemplos medievales. (Lulio. **Libro del gentil y de los tres sabios.** Los tres sabios, un judío, un cristiano y un musulmán, que exponen sus credos y se piden perdón por lo que hayan podido decir en ofensa de otros dogmas). La tolerancia no es el escepticismo. (Lessing: "Si me pusieran en una mano la verdad y en la otra el esfuerzo, el heroísmo, la abnegación empleados por el hombre para conquistar la verdad, me quedaría con aquellos antes que con ésta)". Así discurría, improvisadamente, el conferenciante. Al final alguien le dijo que en su auditorio había un grupo de anarcosindicalistas, que le había escuchado con una atención como no recordaba él en otro auditorio. "Pensé que mi lección de tolerancia había llegado hasta ellos, que ellos habían sentido un momento la misma vibración espiritual, y me sentí feliz".

Chacón me ha contado más de una vez estas anécdotas. Ellas pintan otro rincón de su alma. Encierran su más íntima aspiración en la vida: la bondad, la misericordia... No es que yo crea mucho en estas palabras. Sólo en la práctica de hombres así se las ve cobrar alguna realidad. Es un afán sosegado de bajar al pueblo, de elevar a sí la bondad y sencillez del pueblo, lo que le acercó a aquellos anarquistas, sin que intervinieran las ideas, y lo que en estos últimos meses le permitió crear en la vida apasionada de la política cubana una zona neutra de cultura y cordialidad. Allí hubo quien le acusó de comunista, y faltó poco para que otros le acusaran de fascista, pero la mayoría no halló de qué acusarle.

¿Entonces? ¿Cuántos hombres así han conocido ustedes en la realidad? Yo ningún otro. Y si otro escribiera estas cosas, y yo las leyera, pensaría que eran literatura. ¡Sentiría que a ustedes les ocurriera lo mismo!

Madrid, 21-8-35.

Letras españolas

= Recortes de prensa. Selección y envío de Enrique Azcoaga (Desamparados, 3), Madrid de 1936. =

El toro de la muerte

Ante de ser o estar en el bramido
que la entraña vacuna conmociona,
por el aire que el cuerno desmorona
y el coletazo deja sin sentido;

en el oscuro germen desceñido
que dentro de la vaca proporciona
los pulsos a la sangre que sazona
la fiereza del toro no nacido;

antes de tu existir, antes de nada,
se enhebraron un duro pensamiento
las no floridas puntas de tu frente;

Ser sombra armada contra luz armada,
escarmiento mortal contra escarmiento,
toro sin llanto contra el más valiente.

Rafael Alberti

(De *El caballo verde*, N.º 2).

Poesía y crítica

Por ENRIQUE AZCOAGA

¡Voz mía, canta, canta; que mientras haya algo que no hayas dicho tú, tú nada has dicho!

J. R. J.

1

Cuando se logra comprender la poesía como la voz de un ámbito; cuando el poeta teme por su voz dicha al aire y deja que la voz vuele fresca, después de acusar justamente los límites de un recinto; cuando afanarse —preciso verbo goethiano— no es esforzarse sino sentir que la frente es nuestra palma más pura al observar la infinita voz que pregona un amplio cierre justo, tan eterno como el cierre del círculo, poesía es hacer una verdad por nuestra voz, exacta, y crítica, en una exactitud, en un perfecto ámbito, encontrar la verdad de una voz, sobre la que un momento la vista y aun la sangre descansamos. Cuando la poesía no necesita existir para brotar la crítica y la crítica no es consecuencia de un cauce hondo, poetico; cuando crítica y poesía, son órbita a imponer la primera a un suceso que en atención profunda erige al crítico, y la poesía al variado detalle que en el canto ha de cerrarse, surgen crítico y poeta como diferentes, incomparables, esenciales recintos de una verdad expresa y de una verdad a expresar.

Pocos son los primeros y no extraño, que a los pocos segundos su función falsamente reconozcan. Pocos los críticos y por tanto, escasos los que a los poetas más que exigir clima, adorno, garbo y luz en su poesía, intenten exigirles concepto justo de su posición. Pero la verdad es sencilla: una verdad se cuenta en el poeta a las cosas. Una verdad, las acepta o las rechaza profundamente en el crítico. Mi vida rodea a las cosas del aire necesario para que las permita acoplarse al ritmo más personal. Mi vida se rodea de las cosas dispuestas a crecer en un aire capaz de ser asombro de parecida gravedad. ¿La diferencia? Que la voz poética pueda igualarse a la voz crítica. ¿Necesidad? Ser imposible hablar de poesía y crítica. Urgente comprender, la existencia de "voz crítica" y "voz poética".

2

Es una vida plena dirigiéndose a las cosas, lo que en su brío canta. Es una vida que desea plena saberse, lo que plantea con agudas maneras objeciones o elogios a verdades logradas, en apariencia logradas sin congoja. La voz poética, limpiando a las cosas de apariencia ficticia, las integra como en vergüenza verdadera. La voz crítica, despojándose en su angustia de fragmentos algo helados, se integra al asombrarse, al encontrar fuera de ella, cerca de su siempre avanzar, cierta verdad redonda, capaz de convertirse humildemente en la porción de un "puzzler" que florecerá eterno y completo. No ocurrirá pensar, que voz poética es firme arco que enlaza una vida con la apariencia fiel que logra a tiempo su real sonrojo cierto, la contextura exacta de un mundo a quien presenta, y voz crítica algo distinto al arco firme por el que las verdades vienen al crítico a unificar su deseo como en un vuelo aparente. No ocurrirá pensar que si una vida se vierte en las cosas por la modulación de una voz lograda en cierto ámbito, lo esencial de las cosas puede por un camino que es vereda con cortes y peligros, desembocar en el anhelo que emitió su voz para lograr la más pronta integración.

Ocurrirá pensar que es urgente la voz. Ocurrirá pensar que es necesario tener la voz timbrada para clamar el preciso ¡socorro! creer que la vida del poeta se salva en las cosas, por su voz. Obligándonos a pensar que la vida del crítico se salva en las cosas, por cómo su voz reclame el auxilio de sucesos, detalles y hasta aún ritmos. Obligándonos a exigir a críticos y poetas, voz y firmeza. Resultando el momento poético y el momento crítico, aquellos en que una vida—cada segundo—en su canto se afirma. Pues si la plena vida poética es cuando logra fijarse, la plena vida crítica cuando logra ser vista por la verdad del suceso sobre el que incide, queda descubierta en forma de presencia.

3

Poesía, crítica. Voz poética, voz crítica. Un ámbito que aún canta, y un canto angustiado que en su sonoro anhelar ámbito se hace. Un mundo que se logra abriéndose quizá frente al que cerrándose se logra. La voz en busca de horizonte y el horizonte incierto que logra en una firmeza tener voz. Plena mirada candorosa, y como final, plena presencia que a lo quebrado admira.

Pero sin olvidar que el poeta en su voz se arroja y el crítico en su apreciación al suceso se traslada. Sin olvidar que por este eterno ir de la voz y del hombre a un mundo inmenso, el momento llega: el poeta canta al aire, porque su voz ya le sirve para medir la distancia a su ritmo florecido, y el crítico enjuicia en su voz la personal gravedad que lo hace exactamente afirmar. Llegado el momento, el poeta desde su exaltación se integra, a la vida integrándose, y el crítico desde su admiración, desde la honda atención en que se yergue centro exacto de una vida que como un latido siente, igualmente se integra.

La poesía ha logrado pintar con una vida el mundo hasta lograr un mundo. La crítica logrará plantarse como eje escultórico de un mundo en que cayó. La poesía como el calor y la mejilla, ha embellecido el cuerpo, los cuerpos. La crítica se ha entrañado en el aire, para que el aire —el aire de un mundo— por ella diga su verdad.

Pero hay dos voces, tiene que haber dos voces. Pero hay dos ritmos, tiene que haber dos ritmos. Pero hay dos ámbitos, tiene que haber dos ámbitos. Definiendo como poetas y críticos, aquellos para quienes poesía y crítica es la voz irremediable, incompa rable, única, que vertiéndose en unos límites o una estructura, limitando, mide una vida tendida entre la tierra y nuestros ojos.

La calma del esposo

(De las entregas que bajo el nombre de *Diario de un pintor*, ha publicado en Madrid, *Ramón Gaya*).

Si yo fuera poeta vida mía
cuando sea poeta he de decirte
las bellezas del mundo.

Te enseñaré a quererme allí en las cosas
y lejos de mí a esperarme
y cerca a no recordar nada de nada.

Te mostraré los gestos de las torres
los tejados como dunas de otoño
las aguas estancadas apretando en sus puños
los restos de la noche acobardados.

Te entregaré la tierra en las palabras
te enseñaré a pensar en esos perros
vagando por un suelo que nunca se merece
tan tristes y bellos ojos delicados.

Y te daré los niños de las calles
con sus manos de torta aun abiertas a todo
y te daré las gentes de un paseo
con su bondad colgando con su trote ridículo.

Y sabre interesarte en pasiones ajenas
te llenaré de besos la memoria egoísta
y han de brotarte campos y hombres lastimosos
que olvidarlos sería también como olvidarnos.

Hasta un negro periódico tiene bellas esquinas
un carro puede ser nuestra esperanza
y aquel roto molino un dios como soñando
un dios nuestro y humilde y existente.

No despreciemos nada vida mía
quizá nunca terminen los besos en nosotros
y los amantes pueblan de amor los girasoles
las piedras secundarias y el distante arco iris.

Reconóceme en todo y quiéreme en las cosas
salvemos al amor de sus paredes
pájaro de los celos grave esposa desnuda
calla, calla ignorante mía.

Ramón Gaya

Agradecimiento a Romain Rolland

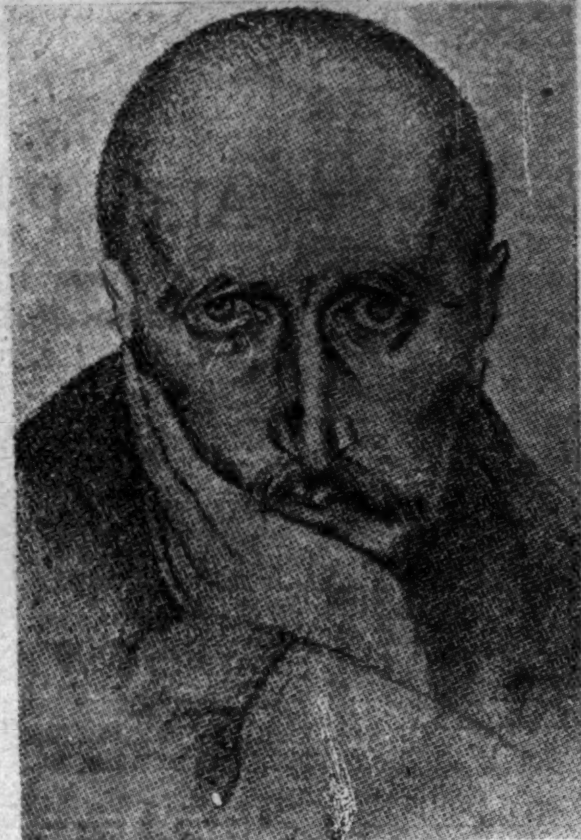
Por STEFEN ZWEIG

= De *La Nación*.—Buenos Aires, Rep. Argentina, 26, enero, 1936 =

El autor de "Jean Christophe" cumple hoy 70 años de vida. Con este motivo nuestro eminente colaborador le dedica el presente mensaje.

Durante años y años se ha aglomerado en nuestro corazón la gratitud que hoy queremos manifestar públicamente, la gratitud, el afecto y el profundo respeto hacia ese hombre incomparable que consideramos honra de Francia y conciencia de Europa. Somos muchos, en todos los países, la mayoría ignorándonos, los que le estamos profundamente reconocidos por alguna acción, por este o aquel libro y por su ejemplo vivo; muchos los que, al preguntarnos sinceramente: "¿de todos los que viven, quién me ha influído moralmente en mayor grado y quién ha modificado más decididamente mi vida?", contestamos naturalmente: "Romain Rolland".

¿Dónde se hallan las raíces del poder con que este hombre adquirió una autoridad, por encima de los lenguajes y de los países, sobre tres, o ya cuatro, generaciones, comparable solamente a la influencia que sobre otro grupo de la generación precedente ejerciera Tolstoi? Ese poder no ha manado del escritor solo, aunque ha sido enorme el efecto de sus libros sobre nuestra juventud y sobre todas las juventudes. Porque un autor, un artista, no influye sino parcialmente con lo que escribe y manda imprimir. Sólo adquiere verdadero poder sobre los hombres cuando su vida, su existencia y su personalidad confirman su palabra y su enseñanza. Muchos, y aun la mayoría de los escritores, no son más que narradores, y se les estima en el sentido en que se estima, en los salones, en sociedad, a un "causeur" brillante, a un narrador ocurrente, a un hombre que ha corrido mucho mundo y recogido muchas experiencias. Tales escritores tienen un público, a veces, un público fiel y numeroso. Pero unos pocos entre los artistas y escritores crean por medio de su obra, además, un contacto personal con el lector, despiertan en él una confianza casi religiosa. Cada uno percibe a tal artista como a un tipo de hombre que evoca y vive lo que ellos quisieran ser, en el fondo, como a un hombre en que lo humano se ha cumplido en un grado más elevado, más apasionado, más consciente que en ellos. Esperan su palabra antes de tomar una determinación, solicitan su consejo, desean hablarle, dejarse guiar y orientar por él, y se sienten unidos a su persona por un fervor voluntario, una confianza absoluta e ilimitada. El mejor ejemplo al respecto lo constituye la existencia de Romain Rolland. Creo que a pocos hombres del mundo han acudido tantos individuos para pedir consejo como a Romain Rolland. Quien se hallaba ante un conflicto de su conciencia, quien estaba indeciso respecto a sus resoluciones en tiempos de paz y de guerra, quien se sentía agobiado por una urgencia del alma, quien levantaba la mirada, en sus dudas, hacia una última instancia espiritual y moral que estimaba decisiva, se dirigía a este ser más tolerante de nuestro mundo actual con la misma fe con que el creyente se dirige al sacerdote. No me avergüenzo, no, me siento orgulloso de haber sido por años y más años uno de los que evocaban su nombre antes de realizar muchos actos, por así decir, como un espejo de la conciencia, para preguntar, antes de hacer algo, antes de pronunciar públicamente una palabra: "¿Qué pensaría Romain Rolland de eso?", y que ante la duda siempre hallaban seguridad y confirmación en este amigo tan bondadoso y digno de confianza. Es difícil describir el bien que se experimentaba cuando se había logrado hallar un pláceme en aquellos ojos azules, penetrantes y al mismo tiempo, sin embargo, relucientes. De cada una de esas peregrinaciones al lago Lemán volvíase reconfortado, aguijoneado, purificado, más bondadoso con respecto a los hombres y más confiado respecto a la vida, porque se acababa de experimentar, de hálito a hálito, la presencia de un hombre verdadero y cabal.



Romain Rolland

Este poder confirmativo de Rolland que experimentaron cientos de miles y millones, está fundado en un idealismo indestructible. Sé que "idealismo" es un término enojoso que recuerda involuntariamente la superficialidad, o cierto infantilismo del pensamiento y de la visión, y que, paulatinamente, nos van mereciendo cierto respeto mezclado de compasión todos los que se regocijan con las bellas palabras de "libertad" y "progreso" como niños con bolas de vidrio multicolores, y que, con ojos luminosos de buena fe, vuelven siempre a jugar con ellas. El idealismo es muy frecuentemente una cobardía ante la visión verdadera de la verdadera vida, una fuga hacia bellas palabras, hacia sueños patéticos, ante la inexorabilidad dura y severa de la vida. Pero aparte de ese idealismo superficial, que es, como quien dice, una miopía del cerebro, existe otro que yo llamaría el idealismo trágico, trágico o heroico, la gran fe indestructible de hombres que — según una inolvidable definición estampada en el "Jean Christophe" — "conocen la vida y, sin embargo la aman" Rolland no se engañó nunca respecto a lo trágico de la realidad: conoce mejor y siente más intensamente que la mayoría de los artistas de nuestro mundo el sufrimiento inagotable e inexorable que pesa sobre la humanidad. Más exactamente que todos reconoció, en su "Clérambault" y en sus obras críticas, los vicios espirituales en que las masas recaen siempre de nuevo, el goce de unirse en hordas, de embriagarse con mentiras y frases, de menospreciar la libertad mientras la disfruta un pueblo y de abusar de ella cuando se entrega a un individuo aislado en la forma del poder. Tan grande en su condición de historiador como en la de autor y pensador, conoce el fato trágico de todas las revoluciones, sabe que terminan en dictaduras porque empezaban con un exceso de libertad, y por las biografías de los artistas preclaros le consta que todo lo grande y decisivo de este mundo siempre ha nacido del dolor y del trágico sufrimiento. Si hubo uno que jamás se dejara engañar por cualquier ideología, ese ha sido Rolland, el idealista heroico. Pero, pese a todo su saber, ha permanecido confiado y ha inculcado la fe a un incontable número de hombres de nuestros días, por obra de aquel maravilloso "quand-même" que, no obstante todo el conocimiento, afirma en él, en definitiva, la vida.

Tal idealismo sería de por sí nada más que una disposición del alma, una condición latente. Sólo se convierte en una fuerza gracias a otra capacidad del temperamento: el valor. El verdadero artista, para resultar grande y eficiente, necesita siempre, aparte de su talento artístico congenito, la fuerza elemental de su carácter, y la intrepidez con que Rolland ha insistido en su fe en ciertos valores eternos e indestructibles de la humanidad, que le ha conferido verdadero poder sobre los hombres. Rolland jamás temía quedarse solo, jamás ha mirado en torno suyo para averiguar si le rodeaban muchos o pocos, y aun cuando era uno contra todos, "l'un contre tous", osó hablar y sigue atreviéndose. Y una época posterior reconocerá que precisamente este más apasionado amigo de la paz ha sido, al mismo tiempo, el luchador más valiente de nuestra generación.

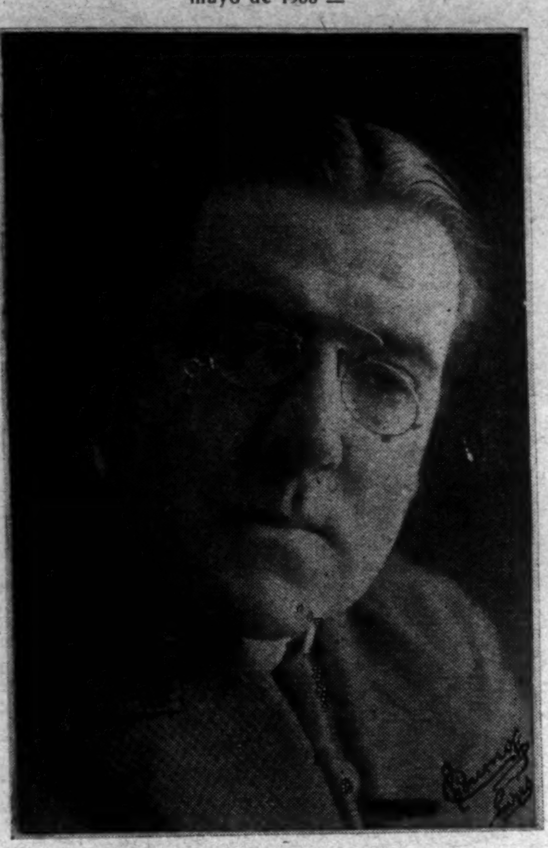
Es de nuestro deber testimoniarlo. Pues en una hora decisiva — y no sólo en una — hemos oído su palabra decisiva. Nunca olvidaremos cómo nos alcanzó en ese entonces, al comenzar la guerra, cuando todos gritaban en forma horrible su entusiasmo, o callaban asustados y confundidos, mientras él levantaba la voz con su primer artículo "Au dessus de la mélée". En ese instante, en que Europa se destruía práctica-

(Pasa a la pág. 271)

Leonardo Pena

Por AUGUSTO D'ALMAR

= De *Atenea*. Universidad de Concepción, Chile, mayo de 1935 =



Leonardo Pena

Lo que yo llamo el Gotha de la amistad, viene a ser una pequeña agenda alfabética en la cual caben holgadamente, desde hace treinta años, todas mis relaciones del mundo. Pero, para estar inscrito en él, hay que haber penetrado por lo menos al quinto círculo de mi corazón, y nombres de todas castas y razas, y direcciones de todos climas y países, se clasifican por el índice, a veces escrito por mí, a las veces con otra escritura. Algunos de esos amigos están vivos; de otros no sé siquiera si existen; los más ya han muerto.

Abriendo por la letra P. encuentro primero: "Pérez Kallens Ignacio, Arturo Prat 1138. Santiago de Chile." Y casi al final de la página: "Pena, Leonardo, 182 Quai d'Auteuil, París" y al lado: "10 Rue Albert de Lapparent". Estas tres "señas", como decimos en español familiarmente, abarcan toda una vida y se refieren a una misma persona, porque Leonardo Pena, es Ignacio Pérez Kallens, y si el número 1133 de la calle Arturo Prat de Santiago de Chile, fué tal vez donde nació, seguramente donde se pasó su juventud y donde le conocí, 10 Albert de Lapparent (entrando por José María de Heredia, añade una indicación entre paréntesis), es la casa donde vivió sus últimos años de París y de este mundo, donde le vi esa incierta vez que sólo después venimos a saber que era la definitiva; a donde acaba de morir.

Ha transcurrido, pues, una existencia, la suya, la mía, la nuestra, La Existencia, en fin, entre estas dos anotaciones. Cuando hice la primera, teníamos por delante, él y yo, todas las aspiraciones y el horizonte ilimitado de la juventud. Cuando hice la última, treinta años después, "el mañana había sido ayer", como he dicho metafóricamente en alguna otra parte. Ya no había Día de Mañana, no había Hoy, siquiera, sólo había Ayer.

Por eso, quizás, porque nuestros recuerdos se entrecruzaban y entrelazaban, porque el pasado nos era común, llegó a estrecharse tanto nuestro afecto. ¿Quién que hable del arte en Chile, puede no pronunciar mi nombre, o puede pronunciarlo, sin recordar el suyo? Cuando se escriba, y ya se está haciendo, la historia de la Literatura en nuestro tiempo, bien o mal avenidos como camaradas, varios apareceremos indisolublemente reunidos ante ese mito que pomposamente llaman Posteridad y que no pasa de ser la lección de experiencia transmitida de boca en boca y de oído a oído. ¡Ay de los pueblos desmemoriados! Por eso, también, a veces, la leyenda se substituye con ventajas a los anales.

Pero si es difícil presentir cuándo vemos a los seres queridos, por última vez, no lo es menos recordarse cuándo les vimos por la primera, porque tampoco presentíamos que íbamos a quererles, que iban a llenar una parte de nuestra vida y a formar parte de nosotros mismos. Sin embargo, yo recuerdo, "como si fuera hoy", estoy viéndolo, cuando nos conocimos Leonardo Pena y yo.

Era a fines del siglo pasado; yo tenía diecisiete años y comenzaba a publicar cuentos, en el suplemento "Los Lunes" del diario "La Tarde". Su director nos presentó uno al otro y salimos juntos. Sí, puede decirse que, a partir de ese momento, "salimos juntos".

Leonardo Pena me llevaba cinco años de edad y pulía ya una obra meticulosa y pulcra, de la cual yo no había leído más de una página, que me bastó para admirarle. Tenía, pues, veintidós años, entonces, un bigotillo negro y una pulcritud también acicalada en su indumentaria. Y mientras casi todos los de nuestra generación, creíamos de nuestro deber singularizarnos, como intelectuales, en el modo de ser y hasta en el traje, él osaba ostentar una distinción vulgar, comportándose y componiéndose como cualquier hijo de vecino. Llevaba (llevó siempre), el honrado y horrible sombrero hongo, cuando usábamos nosotros el desaforado chambergo. Su cuello era de pajarita, y mientras nuestras corbatas flotaban volanderas y llameantes, las suyas de correcto lazo, hasta solía prenderlas un alfiler de oro, y mientras mi capa suplía el uso incómodo del paraguas, él lo llevaba (lo llevó siempre), en funda de seda.

A un artista le era muy difícil entonces parecer un cualquiera y Leonardo Pena había hallado sin querer el modo de destacarse, aceptando el rasero común. Ni más ni menos que, en medio al modernismo ambiente, en el cual ¡ay! las más descabelladas imágenes se parecen entre sí, uno que se atuviera a escribir con sentido del estilo y hasta con sentido. Entre nuestros uniformes de revolucionarios, se singularizaba aquel burgués, precisamente porque no lo había pretendido. Jamás creyó Leonardo, tan poseído, sin embargo, de su originalidad, que un escritor debiera ser, en sus relaciones con los demás mortales, distinto. Por eso precisamente, era tan grata su convivencia. Recordaba el caso de aquel Spinosa, que pulía lentes y a sus horas los enfocaba sobre la vida humana, para deducir su filosofía.

No tardé en comprender que su atildamiento y su empaque, no se resentían de afectación, sino que eran la naturalidad misma de su manera de ser, y simpaticé cordialmente con ese hombre, sencillo si los hubo, pero también, si los hubo, refinado, estilizado, sería la expresión exacta. Todo en él era, a la vez, simple y exquisito: su pseudónimo, su literatura, sus modales, su porte, su propia elegancia personal. Podía aplicársele la paradoja de Brummel, de que iba tan bien vestido que no llegaba a llamar la atención. No la ha llamado nunca, física, moral o espiritualmente, salvo para aquellos contados conocedores que saben distinguir un corte justo, una hechura y un tono que hacen juego, una frase, o simplemente una inflexión de voz o un gesto, en apariencia insignificantes y que, sin embargo, delatan eso que se llama "raza" y demuestran estar de vuelta de muchas pedanterías y muchos esnobismos, (sinónimos, aunque se apliquen las unas a cosas inmateriales y a cosas materiales los otros), y no recuerdo sin emoción la especie de envidia a la locura, con que él, tan cuerdo, me vió partir en mi salida tolstoyana.

Esa su misma exaltada cordura, su dulzura varonil, su viril ternura, eran una conciliación difícil entre instintos contrapuestos y que daban la medida de su temperamento. En verdad, él rizaba el rizo de la parábola evangélica y, "astuto como serpiente", era, a la vez, "sencillo como paloma"; sencillo como paloma y astuto como serpiente. Y con todas las posibilidades de hacer sufrir, de ironizar, de mostrarse cáustico, hizo sentir, hizo disfrutar, dijo cosas amables y piadosas, y veló, no con una risa hipócrita, sino con una sonrisa levemente escéptica, cuánto había en él de incisivo y mordaz y, como las abejas, de su propia amargura elaboró su miel. Hombres así son dos veces buenos, porque, además, han podido no serlo y han querido serlo.

He repetido que los viejos amigos son los que tienen siempre algo nuevo que decirse. Así, de los viejos amigos siempre tenemos algo nuevo qué decir. Acabo de escribir para otra publicación, acerca de este Leonardo Pena; he de hablar sobre él en la velada que se celebrará en memoria suya. Nunca me quedaré corto de recuerdos e impresiones. Y cuando haya expresado mucho, mucho habré dejado por expresar. Son vidas, son almas, ricas como tema, generosas hasta en su poliformidad y tan hondas en profundidad, son como ciertas plantas que dan tantas más flores, cuántas más se les corta. Ese novelista, era el mejor de sus héroes y heroínas, el más vario de sus personajes.

Al regresar de mi aventura de los leones, y de los galeotes, y de los carneros, regresando de mí mismo a mí mismo, por así decir, se sabe acometimos juntos la empresa por excelencia de nuestra generación: revistas, conferencias y libros, de los cuales arranca, puede decirse, nuestro verda-

M

Nous avons la douleur de vous faire part de la mort de Monsieur Léonardo Pena, survenue en son domicile, 32, rue Pérignon, a Paris, le 13 mai 1935.

L'Inhumatión a lieu dans la plus stricte intimité.

LA FAMILLE

dero arte literario, hecho por primera vez, no como un pasatiempo secundario, no como mero adorno, no como dilettantismo, sino como algo vital y consubstancial con nosotros, algo que se toma con la vida y no se deja sino con la muerte, y cuya misión, menos preciada que la vida, dura más que la muerte. ¡Ah, en definitiva, no vivimos ni morimos, sino para el arte! ¡No resucitamos, en cuanto artistas, en nuestra obra, sino para mejor poder morir en cuanto a hombres! ¡Ser olvidados, con tal que no lo sea la belleza que nos fué dado procrear! Y ya es sabido que una cosa bella es una alegría perpetua. ¡Con nuestras manos de un día, como los canteros y los lapidarios, hacemos eternidad!

Después, en Europa, compartimos el destierro en que cada día nos iba olvidando un poco más la patria y nosotros íbamos olvidándola menos. Así, escribió en francés su "Compendio de Historia de Chile", síntesis de un esquema, como una fragmentación de la "Breve Historia del Mundo", hecha por Wells. Para hacerla tan concisa, se necesitaba haber asimilado toda la desproporcionada historia de un país que no la ha vivido, que, en realidad, apenas si vive embrionariamente su prehistoria. Porque yo lo digo, hasta como justificación de cuanto de amorfo no acierta a encarnarse y a plasmarse en estas tierras, aun no bien separadas del haz de las aguas; yo lo repito, hasta como premonición de porvenir: no es que seamos ya escoria, sino que no nos hemos desprendido aún de la ganga; no es que estemos dejados de la mano de Dios, sino que Dios no nos ha tomado en su mano. Y no es lo mismo, y hasta es completamente distinto.

Compartimos, dije, en Europa, en Inglaterra antes de la guerra, en Francia durante, en España después, la intensidad de esas civilizaciones, por el contrario, ya decadentes, pero tan henchidas de cuanto de divino contuvieron y tan opuestas a nosotros como puede serlo un cadáver a un feto. La obra de Pena, madurada en ese medio y estas circunstancias, con el doble sabor a fruta verde y a ceniza, ha de enseñarnos la lección imprescindible, que no sabemos. ¡Qué mejor intérprete que uno de los nuestros, desarraigado de nuestro erial! ¡y quién mejor que él!

Me niego a reincidir aquí, al hacer estas reminiscencias de tono menor, en las imprecaciones apocalípticas en que me he deshecho, para otra necrología de Leonardo Pena, doliéndome de que su vida de hombre no la utilizara yermo tan menesteroso en hombres y en vida, como Chile. Me consuelo pensando que, después de muerto, hemos de recoger los chilenos su herencia, porque, aunque indignos, somos sus herederos, y hemos de agradecerla, consagrándole el recuerdo que se merece entre los más esforzados, los más abnegados, los más sacrificados obreros de nuestro acrisolamiento. No se sufre impunemente lo que él sufrió, ni se labora lo que laboró él, sin que algún día no le aproveche a alguien. Su obra entera, chilenos, (y acaso podría decir americanos), es como un testamento y en ella nos lega su espíritu, ¡figuraos, nada menos que su espíritu!, a nosotros que carecemos hasta de inteligencia para comprender esa palabra, precisamente porque no nos ha tocado la frente el soplo divino del espíritu.

El alma escondida de la raza

Por LEONARDO PENA

= *Envío del autor.*—«Capítulo de un libro sobre España, próximo a publicarse», nos decía el autor =

Al pisar por primera vez tierra española, todo hombre que no es español tiene la sensación de encontrarse en presencia de un pueblo maravillosamente conservado, cuya estructura no ha sufrido modificación alguna durante siglos. ¿Es ello una ilusión? No; es una realidad; una realidad vigorosa y fiel a ella misma, que a veces, en partes de su curso, ha parecido hundirse en el suelo inconsistente, como ciertos ríos, y desaparecer; pero que, no habiéndose apartado jamás de su línea de emoción, ha brotado de nuevo a la superficie con la eminente dignidad del cuadro que ordena. Y ella ha sido la salvación de España, pues, al mantenerla en su testaruda y original tradición—tradición que el presente va matizando sin quitarle su vivacidad—la ha preservado de esa insipidez universal que es la particularidad de los pueblos modernos, y la ha dado las fuerzas necesarias para continuar siendo ella misma y guardar sus características esenciales: sus costumbres, sus hábitos, sus gustos, sus tendencias, su alma, su idiosincracia.

¿Cuál es el milagro que le ha permitido a España un tal milagro? Los Pirineos, que cerrándole el horizonte a la manera de una gigantesca muralla china natural, la ha defendido, tanto en bien como en mal, de las invasiones de Europa. Así se pasó con el Renacimiento, esa oleada pagana, que mientras modificó sensiblemente los pueblos de santa esencia latina, en España, que restó apegada a la tradición cristiana de la Edad Media, se hizo sentir apenas. España no es, pues, Europa. Tampoco es Africa, a pesar que, habiéndole tocado, en suerte, asentar su casa sobre la piedra angular del mundo indo-semítico-europeo, fué largo tiempo africana. España es España; tierra mediterránea y atlántica, que habiendo mezclado los ardores y calenturas del desierto, a la mística melancolía de los pueblos nórdicos, se perfila sobre el horizonte de la historia, como un cubo semítico soldado por la acción del fuego sahariano, al flanco del Viejo Continente.

España es un conglomerado de razas y de pueblos más extraordinario aun y más visible que el conglomerado social francés. Habitada primitivamente por los iberos, cuyo origen se sumerge en el corazón mismo de la historia, fué sucesivamente ocupada por los celtas, venidos a través del Pirineo; por los fenicios y los griegos, que fundaron Cádiz con su templo de Herculano, Málaga y Sagunto; por los cartagineses (Amílcar Barca echando las bases de Barcelona y Asdrúbal, las de Cartagena) que, en el siglo III antes de J. C. la transformaron en la gran colonia púnica; por los romanos, que habiendo implantado en ella sus costumbres y su lengua, no tardaron en cosechar dos emperadores: Trajano y Adriano; cuatro espíritus dilectos: el voluptuoso Séneca, que escribió disertos tratados de ascetismo, el grave Quintiliano, el épico Lucano y el licencioso y epigramático Marcial, y la orgiástica falanje de esas bailarinas de Cádiz consideradas como las más elegantes y voluptuosas de su tiempo. Luego, en el siglo V, al desmigajarse el Imperio Romano, España fué invadida por las desaforadas hordas germánicas: los suevos, los alanos, los vándalos y los visigodos, que fueron suplantados, dos siglos más tarde, por los hijos del Profeta, en una conquista que, la velocidad de sus caballos y la complicidad de los naturales, iba a rendir de una asombrosa facilidad y que iba a permitirles crear el exquisito y floreciente califato de Córdoba, esa Bagdad del Guadalquivir, "ley de Andalucía", que los sabios musulmanes y judíos transformaron en su residencia favorito. Por último, ochocientos años después, fué la Reconquista, realizada en un extraordinario retorno ofensivo, por los descendientes de Pelayo, que partiendo desde una pequeña fortaleza situada a los pies mismos de los Pirineos, dieron comienzo al más asombroso ciclo de novelas de caballería conocido por la historia. Habiendo vuelto al regazo cristiano, España entraba de nuevo en Europa, en una ascensión deslumbrante y rápida, pues, el mismo año que Boabdil, el último rey moro, huía llorando de Granada, Colón descubría la América. Así, no sólo la España del siglo XVI peleó las batallas de Dios por la unidad de la cristiandad y por la del género humano redimido en Cristo, sino que realizó también la unidad física del mundo.

Dada una tal mezcla de sangres y vista la terrible vitalidad de las razas, no es difícil percibir en el fondo del alma española, como en el fondo de una retorta gigantesca, los residuos de aquella vasta y ácida combustión: el residuo ibero, enérgico, práctico, austero y constructor, que conjuntamente con el residuo celta, ensoñador y reservado, componen el fondo básico de todos sus héroes, de todos sus santos, de todos sus artistas; el sedimento vándalo, que le da esa marcada inclinación hacia la violencia—hacia la violencia que crea una conciencia de vencedor y una situación de vencido—y que le da también la inclinación, reforzada por el aporte árabe, ha-

cia los trastornos tenaces. Y se percibe el depósito liberal del visigodo y el genio múltiple, civilizador y conquistador de los romanos, que le ha permitido elaborar algunos de los más altos elementos que abonan la cultura humana y que le ha permitido dar nacimiento—en la historia del mundo sólo hay un caso de fecundidad mayor que el de Roma, madre de los pueblos latinos y es el de España, madre de la América Española—que le ha permitido dar nacimiento a veinte Estados, que hablando la misma lengua, teniendo la misma civilización y restando unidos por los lazos de una misma sangre, de unos mismos intereses y de unos mismos ideales, constituyen el terreno ideal en donde, habiendo caído la semilla germinal del cuerpo mediterráneo, no tardará en apuntar el maravilloso brote del porvenir. Y se vé el sedimento oriental, que corresponde a una nostalgia secreta de todas las naturelezas latinas y que, habiendo estado a punto de arrancar a España de su fondo céltico, romano y cristiano, de su fondo hespérido, para sumergirla en la desidia y la molicie musulmana, la ha dejado, como una herencia quemante, el fatalismo, que es un poco, el origen de ese estoicismo ante el dolor, de ese desprecio de los intereses materiales y de esa indiferencia por la felicidad, cuando no de ese gusto por la desgracia, que emparienta al español—no, por encima de la Europa, sino a través del oriente—con el ruso, bien que entre el enérgico individualismo hispánico y la gregaria pasiivdad eslava, haya un abismo. Así, no es de extrañarse que el alma española sea la encrucijada en donde se han dado cita todos los extremismos y todas las contradicciones, haciendo de ella la más milagrosa fuente de emociones legendarias conocida por el hombre.

¿Cuál es, entonces, la ley, la idea directriz que nos revela el secreto de su alma escondida y de su tierra? Ella puede encerrarse en la fórmula "las Españas", que es una expresión oficial, puesto que en la pálida fuente de mármol de la torre de la Justicia, a la entrada de la Alhambra, puede leerse: "Carolo Quinto regi Hispanariem"; fórmula que nos habla de la dualidad de la tierra española, porque si bien entre provincia y provincia existen violentas oposiciones que las empuja a soñar con absurdas autonomías, el conflicto esencial, racial, es la antítesis, tanto geográfica como histórica, que existe entre lo que podríamos llamar el espíritu del oasis y el espíritu del desierto, o, en otros términos, entre la áspera meseta castellana, ardiendo de sol en cuanto se ha ido el invierno que la quema, y los húmedos, gloriosos y voluptuosos huertos de Andalucía, la tierra amada de Dios y pintada de luz, que con la llegada de la primavera, parece hundirse como un buque náufrago, en un océano de verdura, aproximándose más que ninguna otra región de España, a las apretadoras entrañas de la tierra; fórmula, en fin, que nos prueba no solamente la diversidad del carácter español, sino también su antinomia, que es lo que le da a ese carácter su espíritu dramático, ya que la razón que lucha contra el furor sensual de la sangre, el esfuerzo que lucha con la resignación y la energía que lucha con la indolencia, arrancando proyecciones que van hasta el tormento y el patético interior, constituyen la tragedia permanente de todo español.

En la provincia de Málaga hay una extraña ciudad, Ronda, construída sobre un alto zócalo de granito y brutalmente dividida por un precipicio, en cuyo fondo el agua se desliza en tumultuosas cascadas. Tres puentes se extienden, sobre la quebrada, uniendo como tres broches, las dos partes de la ciudad. Uno de esos puentes es romano, el otro es árabe y el tercero es español. Esa ciudad sobrecogedora, aparece como un símbolo: el símbolo del alma española, duramente dividida en dos partes, entre las cuales las diversas civilizaciones han extendido sus puentes y bajo las cuales se escurren, como pueden, pero siempre hirvientes, las ideas y las pasiones. Así la íntima historia espiritual, moral, política y religiosa de España estriba en el carácter contradictorio, o si se quiere, didáctico y dilemático de su raza, pues, tanto en el conjunto del pueblo, como en cada individuo en particular, hay esa dualidad fundamental que maravilla y confunde al psicólogo y que Cervantes ha traducido, tipificado, en las inmortales figuras de Sancho y don Quijote que, en rigor, no son más que las dos caras de un mismo sujeto.

Ante una tal cohabitación de contrarios, el español vive en una perpetua guerra civil consigo mismo, pasando del idealismo a la trivialidad, de la incuria al arrebato y de la dulzura a la aspereza, sin que los términos medios se hagan sentir. Ya el expresionismo del español, o es alborotado y excesivo, con un desusado y fresco vigor de juventud, o es el envaramiento castellano, subrayado por el entrecejo sombrío y espeso. En cuanto al proceso interior, las comedias de Lope de Vega pueden darnos ejemplos típicos, pues, a menudo, se encuentran en ellas personajes que cambian bruscamente de índole en el curso de la acción, sin que se sepa el cómo, ni el por qué. El Segismundo de **La Vida es Sueño,** al pasar sin transiciones de una prisión a un trono, varía igualmente de sentimientos, siendo tan auténticamente el mismo en la miseria como en el esplendor. El mismo Calderón en **La devoción de la Cruz,** nos pinta una monja que abandona el claustro para hacerse capitana de bandidos. Y de los seres reales, ¿no existe doña María de Gaucin que habiendo dejado el convento para dedicarse a torear, al cabo de cierto tiempo volvió de nuevo a la paz conventual, sin que las religiosas pareciesen extrañarse en lo más mínimo? Y don Pedro el Cruel que, en el **Médico de su Honor,** se desdobla hasta desear que el mundo sea un diamante para poderlo regalar! Deseo de desprendimiento que Carlos V podrá realizar más tarde, pues, poseyéndolo todo, lo abandonará todo para retirarse al monasterio de Yuste. Es un extremismo del alma sólo comparable al extremismo del clima, porque así como España es un país frío en donde el sol es caliente, así, en el alma helada del español estallan las pasiones con la exageración de sus claveles, a la manera de geyseres hirvientes, como lo prueban el Romancero y su gran teatro clásico. Contraste que, por otra parte explica el que, no siendo el español un hombre sensual—en ningún país del Viejo Continente, los vicios y las perversidades sexuales son menos corrientes que en España—su carne viva cargada de electricidad psíquica, haciendo que los hombres, que desde niños han sentido la fabulosa atracción de la mujer, raramente dejen de volverse en la calle al ver pasar una hembra hermosa. Es como si el talón resonante de aquellos inverosímiles pies, despertasen ecos hereditarios en sus corazones. No en balde, en lo alto del árbol simbólico que representa los destinos de España, figura, desde tiempos inmemoriales, una silueta de mujer, y no en balde la persistencia de ese sentimiento de voluptuosidad y de amor que parece traer sus raíces del fondo mismo de la raza, ha perfumado durante siglos los cuatro puntos cardinales del solar castellano. Es el pasado sentimental que perdura y que hizo tan célebre, en otros tiempos, la galantería española. Recuérdese que los bandidos mismos, besaban las manos femeninas antes de despojarlas de sus joyas.

En lo que los españoles se mostraron cuotidiana y miticulosamente perseverantes y esto durante siglos, fué en su ruda, en su cornelliana concepción del punto de honor. El honor era para ellos como una religión, basada, por una parte, sobre un sentimiento de familia, pues, desbandando al individuo, tanto hacia el pasado como hacia el porvenir, lo obliga a guardar celosamente su nombre en homenaje a los que lo han precedido y a los que van a continuarlo, y basado, por otra parte, sobre un sentimiento exclusivamente personal, pues, siendo el ofendido único juez de la ofensa recibida, para repararla no recurría sino a su espada y a su valor individual.

Ejerciendo apenas sus sentimientos, lo que le da, según Ortega y Gasset, "un corazón blindado, en el cual, al rebotar las cosas, son despedidas cruelmente", el español ignora los matices de la efectividad, no sintiéndose vivir sino cuando se siente apasionado. "El que no ama, no vive" era el frecuente decir de Raimundo Lulio. Y es gracias a la preponderancia que, dentro de la sensibilidad española, alcanza el amor concebido como pasión, que los celos toman en

allí las proporciones de una tragedia. Allí están para gritarlo todos sus **Cantares populares.** De ahí el predominio de la pasión sobre la voluntad que es uno de los defectos originales y dinámicos del español; predominio que lo convierte en un ser inquieto, frenético, desorbitado, en un "revolvedor de grandes cofres", como dice tan espiritualmente Servet. Y de ahí también ese su anhelo de emociones fuertes, que lo empuja con tanta exaltada docilidad, hacia los duros y soleados escalones del redondel. Jamás, desde los tiempos de Nerón, la humanidad había contemplado un espectador más fervoroso del peligro, de la angustia y de la muerte, que el español.

Forjado en una dureza temperamental, que desconociendo el rostro del dolor y aún el de la muerte, el español es capaz de destrozar sin piedad, no sólo el espíritu de los otros, sino también su propio espíritu. Sin embargo, la acción emotiva que late bajo esa actitud vital, no es, en absoluto, ajena a la ternura, puesto que los más delicados sentimientos humanos alcanzan en él una ejemplar expresión. De los individuos civilizados, el español es seguramente el que siente mayor apego a la familia, a la amistad, a la hospitalidad y aún al simple vecindaje. Ya Estrabón decía que los iberos estaban siempre dispuestos a sacrificar su vida por los amigos. Cervantes que es, sinduda, el representante más genuino de la raza española, es el más humano y comprensivo de los hombres. Ante la desesperación de una muriente, ¿no llega su Cristóbal de Lugo hasta el olvido de su propia salvación? ¿Y no ama a los que sufren hasta desear tomar para sí la parte de infierno que les está destinada? Y, ¿no fué un jesuíta español, el jesuíta Tomás Sánchez que, en pleno siglo XVI emitió, en su tratado teológico del matrimonio, la idea —condenada **ipso facto** por Inocencio XI— de que, en ningún caso, ni por motivo alguno, una concubina debía de ser rechazada? Es el alma abierta a todas las angélicas fuerzas de la bondad. De ello da prueba la filosofía popular española, dentro de la cual lo esencial no es la honradez o la picardía, sino la caridad y la generosidad en el pensamiento y en la intención; principio moral que llega a confundir el sentido de la justicia con los sentimientos afectivos y que constituye, a la vez, la virtud y el defecto del pueblo hispánico: su virtud porque ello le permite apiadarse, con caridad sin límite, de las faltas del prójimo, y su defecto porque la caridad extrema arrebata al hombre las fuerzas para admirar. Es el antiguo error de la raza, que le hace absorber fácilmente los crímenes y condenar al olvido y a la penuria, cuando no al ostracismo, a sus hombres de valer. Sin embargo, lo profundo de una tal filosofía es que, si se la transporta a un plano superior al social, la intención es más importante que la acción misma, cosa que la moral de los pueblos anglo-sajones se niega a admitir, pues, para ellos la honradez vale más que la moral, como si bastaran simplemente los actos para conocer y poder juzgar a un hombre.

Recorriendo con violencia su camino, el español no es hombre a infringir extirpaciones saturnianas a sus tendencias, así tengan ellas la persistencia de un aliento cruel. Es el nihilismo de la raza, que hizo de Cervantes el autor predilecto de Gogol; que ha hecho que **Misericordia** de Galdós, nos recuerde a Dostoiewski y que la obra de Pío Baroja sea frecuentada por revolucionarios rusos, y que hace que don Miguel de Unamuno, tan alimentado de humanismo y de exégesis, no sea en el fondo, con su afán de evadirse de la cultura occidental y con su gran espíritu arbitrario —el más arbitrario, acaso, de Europa— sino un anarquista poderoso y genial.

Como todo ser anárquico, el español es excesivamente personal. La Constitución ideal para el pueblo español, sería aquella que, según Ganivet, constase de este solo artículo: "Todo ciudadano está autorizado a hacer lo que le dé la gana". Los místicos mismos han sido, en España, de un individualismo marcado. El sueño de todo español es restar dueño de sí aún en el dolor. "Yo no he querido ser engañado sino por mí mismo", dice uno de los personajes del viejo Torres Navarro. El español es más personal aún que el inglés, porque mientras éste dice: "Nosotros y Dios", el español dice: "Yo y Dios". Cuando un francés se encuentra en presencia de un superior, se inclina; cuando es un alemán, se humilla. El español se yergue. En **El Lazarillo de Tormes** hay un tipo admirable de hidalgo que prefiere abandonar la ciudad que habita, antes que saludar a otro hidalgo más linajudo que él. No en balde el español fué el único pueblo que, en la Edad Media conservó el derecho de guardar su sombrero en presencia del rey, el cual era el igual y no el superior entre los nobles, ya que sin ellos, era seguramente menos que ellos.

Habiendo conquistado una a una todas las libertades y todos los derechos en una ideología social y política cristalizada en los **Fueros**, (especialmente en los **Fueros** de Aragón) cuya idea de crear un Poder que representara la suma de todas las voluntades y de cada una de ellas en particular, para defenderlas contra todos y aún contra el rey, y que es la mejor prueba del alto concepto que esos pueblos tenían de su libertad y del ejercicio de esa libertad individualmente considerada, puede decirse que el pueblo español no se ha reconocido jamás en ninguno de sus monarcas, salvo, acaso, en Felipe II, tan enigmático y dualista como él. Un español difícilmente admite que se le impongan las cosas por la fuerza. Los primitivos iberos, aún clavados en la cruz, entonaban sus himnos patrióticos, causando el asombro de los conquistadores romanos, y las madres preferían estrellar a sus infantes contra el suelo, que resignarse a verlos vivir en esclavitud. En cambio, por la persuación no es difícil obtener de el español cuanto se quiera.

El individualismo, no siendo más que un movimiento centrífugo y expansivo que tiende a descentrar al hombre, a malgastarlo, le impide adoptar una unidad de acción, dispersando así toda energía colectiva y nacional y es en eso en lo que estriba su defecto. En cambio —y esa es su cualidad— tiende a desarrollar la energía personal. Así en España, las más grandes cosas se deben exclusivamente al esfuerzo individual, como pudo verse en el constante batallar del Cid y sobre todo, en la Conquista y Colonización de América, que es la obra de mayor empuje realizada por el hombre.

Por otra parte, debido a su anarquismo y también un poco a la influencia católica, cuyo falso antropismo, al considerar al hombre como una "imagen de Dios", lo ha puesto en oposición al resto de los seres creados y, por consiguiente, en actitud hostil frente a la naturaleza, el español entra difícilmente en contacto con el maravilloso acomodo del paisaje. Pereda mismo, que no hizo sino pintar el terruño que lo vió nacer, era completamente insensible a las alegrías que procura la naturaleza. Como Sócrates, los españoles no aman los árboles. Esa es, sin duda, la razón por la cual España ha carecido de pintores paisajistas y de música descriptiva.

Lo que, sí, le interesa al español, es el hombre, el hombre dentro del régimen rítmico de la ciudad. Se diría que su destino es preponderantemente social y antropológico. Mientras en Inglaterra se puede viajar durante horas sin entrar jamás en conversación con el acompañante que le ha deparado el destino, en España, en cuanto el tren se pone en marcha, todo el mundo entra en conversación. El "corso" o paseo en donde las familias se sientan a lo largo de

las avenidas, mientras los hombres pasan importantes y advertidos, convirtiendo la plaza en un salón, es esencialmente español. Y es que, debido al riquísimo sol que favorece en ellos la alegría del vivir, los españoles aman la existencia al aire libre. Allí están para probarlo, las comedias del siglo de oro y aun las zarzuelas de nuestros días, en donde se ven continuamente personajes que transforman el umbral de sus moradas, en sitio de peroración, para exponer, a quien quiera oírlos, sus ideas, sus anhelos, sus cuitas, sus alegrías y sus verdades particulares. Así, la calle, —también el café con sus "tertulias"— tiene un rol importantísimo en la sociabilidad española, que es infinitamente más humana que la fría y distante sociabilidad francesa.

En su anhelo de personalidad, el español llega a idear lo absurdo. Cuando en 1401 el cabildo de Sevilla acordó edificar la catedral se dijo: "Vamos a crear una basílica tan magnífica que las futuras generaciones se imaginen que hemos estado locos al haberla comenzado". Si algún hombre fuese capaz de crear el caos, él sería, de seguro, un español. Tales tendencias lo hacen desmesurado, como lo prueba su teatro; hiperbólico como lo prueba su retórica y paradojal como lo prueba su literatura, con un San Juan de la Cruz escribiendo como escribiría una mujer que fuese un ángel y con su Santa Teresa de Jesús, escribiendo como escribiría un hombre que fuese un dios.

El fatalismo heredado de los árabes, unido a esa cristiana concepción de la vida, en virtud de la cual, no siendo la existencia más que una simple preparación para la eternidad —polvo eres y en polvo te convertirás— le exigía al hombre una renuncia total de los bienes y felicidades terrestres, hizo que el español considerase el universo como algo que no valía la pena de ser pensado. La vida era un sueño, según el decir del gran Calderón. De ahí esas alternaciones de aridez y de avidez que el español pone en la persecución de la felicidad. Si a ello se agrega la obsesión del dolor pasional, tan característico en él y que culmina en sus santos y en sus amantes—esos amantes que parecen olvidar todo lo que no sea su amor—se obtiene, como resultante, el desdén del español por lo superfluo y su completa liberación de ese afán del **confort** material que tanto tortura al hombre nórdico. Dada su índole austera—que no es más que un producto de esos tres elementos estimulantes y endurecedores: el sol, el frío y el suelo de la meseta, reacio al cultivo—el español reduce a muy pocas las cosas necesarias, alcanzando esa increíble sobriedad que lo caracteriza. Tomás Corneille decía: "De todas las naciones que tengan uso de razón, España es la que menos tiene la preocupación de las incomodidades". Cuando los soldados que Felipe II llevó a Inglaterra, contemplaron esa octava maravilla del mundo: un inglés en el momento de comer, restaron llenos de una escandalizada admiración. Es un bello dominio sobre los apetitos inmediatos, que les ha permitido practicar, como ningún otro pueblo, todas las formas del ascetismo y que por el conducto mismo de la vida, los lleva a desasirse de ella.

Una tan curiosa actitud mental, agregada a diversas circunstancias, tales como el temperamento, el individualismo, la tradición y sobre todo, el clima, contribuyen a que el español se sienta hecho para las ebriedades de la vida, más que para las asperezas del trabajo. Para él, el trabajo no sólo no es un bien, sino que es un mal, un mal impuesto, ya que el objeto trascendente de la vida, no puede consistir para el hombre, en aumentar su bienestar físico, ni en multiplicar su riqueza, ni en intensificar su poder de explotación, pues, al permitir que su sensibilidad sea embotada por el empleo de las fuerzas materiales, el individuo adánico se ha vuelto instantáneo y simultáneo en su triste reino. La aventura gloriosa, que no sólo es una victoria sobre la vida, sino también sobre la muerte, consiste en liberar al espíritu de las arterias de metal, para ennoblecerlo y embellecerlo en el reposo. Si el hombre se diviniza jamás, es sólo cuando busca en sí las sendas de la divinidad.

Su carencia de aptitud para el trabajo constante y sistemático — hecho que puede notarse en sus obras de mayor aliento, como el Quijote, por ejemplo, que de todas las grandes obras, es sin duda la que tiene un más elevado descuido en sus detalles — explica el que España carezca de sabios, pues, si el genio, según Buffon, es una larga paciencia, ella lo es sobre todo, aplicada al genio científico. En cambio, la península ibérica ha sido pródiga en moralistas. Es que el real descanso del espíritu, da plaza al conocimiento de su propia conciencia y al examen del propio proceso interior.

Si ahora se mira el anverso de la inacción, él explica las disposiciones al parasitismo que se nota en clases menesterosas de España; disposiciones que no han tardado en engendrar esa mendicidad tan peculiar a la penísula ibérica y que ha dado origen a la novela picaresca, ciclo de profundidad psicológica, único en el mundo, que culminó con **Guzmán de Alfarache** y **El Lazarillo de Tormes**. Siendo la mendicidad un producto nacional, por decir así, el mendigo — que como buen español, repugna de presentarse otro que él es, o de esforzarse en alcanzar un ideal que no es el suyo — lejos de avergonzarse de su oficio, lo lleva con fiereza, ostentando su indigencia y sus harapos como un blasón. En la España actual, ellos son únicos casi, en conservar el aire altivo que se atribuye al hidalgo de otrora, bien que la fiereza inquieta y atormentada del español, que raramente se cubre de orgullo, aparece siempre acompañada de una especie de nobleza instintiva, que se nota hasta en la gente del pueblo. En España, a menudo, los pobres tienen **allure** de grandes señores y de hombres justos.

Esa inclinación a la holganza está contrapesada —siempre la cohabitación de los contrarios— por una predisposición a la acción violenta, que no conoce obstáculos, y a las manifestaciones de una extravagante, desinteresada y ardiente energía — en la mayor parte de los casos desprovista de perseverancia — que deposita con preferencia su légamo en las almas superiores. Así, Norman Macoll cree que la predilección de Calderón de la Barca por los tipos de carácter singular, ávidos de acción, llenos de inquieta potencialidad y acosados por impulsos demoníacos, cuyo origen ellos mismos ignoran, hasta considerarlos ajenos a su idiosincracia, es debido a una de esas singulares excitaciones del alma; excitación realizada por el insigne dramaturgo, según la fuerza de su espíritu y según la libre nobleza de sus sentimientos.

Para comprender a España es preciso, pues, dejarla en ella misma, en su propia verdad, o cogerla en su realidad constante, lejos de esos cambios superficiales y artificiales que se llaman progreso, y en los cuales se anula y olvida nuestra esencia humana. A nuestra civilización septentrional, social, mecánica y urbana, en la cual la idea de **tener** reemplaza a la de **ser** y en la cual el individuo aparece como aplastado por el peso de la moral, de lo colectivo, del gusto de poseer y de las abstracciones del derecho y del deber, España opone el genio elementario del Sur, del hombre solo y digno frente a la muerte, del hombre planetario al cual ningún pasado, por glorioso que sea, ni ningún porvenir por halagüeño que se perfile, logra hacerle olvidar el sentido de su destino. La misión de España consiste en hacernos sentir el contacto de aquello que Unamuno llama "el hombre de carne y hueso" y que, en ella, es viviente y visible como no lo es en parte alguna. Y es que, siendo para el español, en la vida, todo verdad y todo mentira, su crítica de la ilusión cósmica y su amarga y total contemplación de la nada universal, lo llevan, por un paradojal rebote de su voluntad paradojal, a vivir más apasionada y más libremente que ningún otro pueblo sobre la haz de la tierra.

El Sr. Eduardo Ovejero y Maury, traductor de las *Obras Completas* de Nietzsche, (edición de M. Aguilar, Madrid, 1932), en la Introducción al tomo I, dice de Nietzsche como hombre de carácter:

> *Sospecha que los cargos y dignidades son incongruentes con su sinceridad y rectitud, con el espíritu de la obra a que ha resuelto consagrar su vida, y acepta la cátedra de Basilea, a que ha sido exaltado prematuramente (antes de adquirir el título profesional para ejercerla), con la salvedad de romper sus lazos en cuanto le aprieten demasiado. «No veo—dice—en mi persona el más leve síntoma de la gibosidad obligatoria del profesor».*

Panamá y Puerto Rico luchan; las demás se entregan poco a poco

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica. Abril de 1936. =

Sin más luchas que las diplomáticas, que en el fondo no son luchas sino imposiciones, el Departamento de Estado yanqui va atando poco a poco a estos pueblos a su dominio imperialista representado por el tratado comercial. Por ninguna parte se combate la nueva invención de la política del buen vecino. En congresos y senados sólo se oye el panegírico del sumiso que clama porque nos liguemos al Departamento de Estado. Para ese sumiso, que recuerda las tribus escitas que Herodoto eternizó con su narración, el tratado comercial nos ha de llevar al mejor de los mundos y debemos aceptarlo agradecidos.

En contraste con esa actitud de los modernos escitas está la conducta altiva de Panamá que ha dicho al Departamento de Estado que no quiere el trato de factoría aplicado por la codicia imperialista en el bochornoso pacto de Alianza Militar y de Negocios Comerciales de 1926 Para no tener estorbos y poder hacer de Panamá la posesión canalera extensa que las milicias yanquis necesitan, impuso el Departamento de Estado a la diplomacia y gobierno panameño el citado pacto. Quiso que saliera aprobado en silencio. Lo ocultaba de la reflexión del panameño precisamente porque está lleno de cláusulas inicuas. Desde la cesión de territorio a perpetuidad hasta la obligación de declarar la guerra a la nación que pelee con los Estados Unidos, son cláusulas que Panamá debe aceptar al Departamento de Estado. Todo lo que Panamá tiene para considerarse nación libre lo entrega por el repudiado pacto en beneficio exclusivo del imperialismo yanqui. Por esto el pacto venido del Departamento de Estado fué ocultado y puesto en manos únicamente de congresales y funcionarios del gobierno. Debía ser aprobado sin deliberaciones. Los panameños se enterarían de que estaban ligados al Departamento de Estado con tan vil cadena cuando ya no hubiera remedio al mal.

Pero el panameño no duerme ni se ha descastado. La obra canalera lo ha hecho más vigilante de su soberanía y más cuidadoso de su decoro nacional. El Departamento de Estado imaginaba que el pacto traidor no sería rechazado. No tenía por qué esperar de un pueblo pequeño un repudio de su misión civilizadora. Porque el imperialismo yanqui tiene la pretensión de ser el civilizador en la América nuestra. El Canal lo hizo por anhelo civilizador. La obra requiere otras condiciones que no fueron previstas en el pacto de 1903. Entonces hay que imponer a Panamá nuevo pacto que dé lo que el otro olvidó. El colonizador no cesa de idear comodidades para su conquista. Las quiso el Departamento de Estado y fueron variadas e innúmeras. No quedó a Panamá nada por ofrecer más adelante cuando nuevas exigencias civilizadoras sugirieran al imperialismo otros pactos. Pero el panameño rompió el secreto del pacto y sacó el ejemplar que dió a conocer a la América aquella cosa bochornosa. Fué como si hubiera llegado para el pacto la muerte. Y en realidad fué muerte lo que torció las intenciones civilizadoras del Departamento de Estado, porque ha dormido diez años el inicuo articulado de Alianza Militar y de Negocios Comerciales. Todos los esfuerzos del imperialismo han sido ineficaces para imponer el pacto. El panameño ha combatido sin respeto ni miedo para el poder imperialista. Ha dicho que es iniquidad valerse de la fuerza para someter al cautiverio a un pueblo. Y ha dicho que el pacto es la más descarada y vergonzosa maquinación yanqui para volver factoría a Panamá. Ha combatido con serenidad ejemplar.

El Departamento de Estado al encontrar en el panameño alma recia ha tenido que vacilar. Y esta es la lección que Panamá nos da hoy que el escitismo parece ser el espíritu miserable que el Departamento de Estado encuentra en estos pueblos acobardados por gobiernos y castas diplomáticas. La política del buen vecino ha servido para que los escitas se pongan cataplasma de conformidad y griten que no hay nada mejor que hacer alianzas comerciales y políticas con el Departamento de Estado imperialista. Lo entiende el imperialismo y cada día lanza nuevos engaños metidos en la moderna invención de la buena vecindad. Panamá con su repudio del pacto de 1926 nos ha señalado un camino de dignidad.

Y el Departamento de Estado que entiende cuando se le habla con virilidad, ha detenido el ataque contra Panamá. Al cumplirse los diez años de letargo del pacto de 1926, lo revisa y declara que es duro y que debe quitársele todo lo que dañe a Panamá. No debe el panameño hacerse ilusiones ni debemos hacérnoslas los que veamos en la conducta del panameño un caso aleccionador. El Departamento de Estado ha confeccionado un nuevo pacto en unión del diplomático. Ya esto dice que contiene cláusulas humillantes. Pero el hecho de revisarlo es ya un paso de acatamiento a la opinión de un pueblo que quiere vivir su propia vida y no capitula en un acto vergonzoso de descatamiento.

El nuevo pacto apenas acaba de ser redactado en las cámaras suntuosas del Departamento de Estado. Los escritores yanquis que tienen acceso a esas cámaras han adelantado informes. Tan vagos como puede darlos la política del buen vecino dejan ver, sin embargo, que hay el intento de limar asperezas. Uno de esos escritores (Harold B. Hinton, "New York Times") asegura que "la oportunidad del tratado de Panamá reside en la confirmación ulterior repetida a los países de la América Latina de que esta Administración entiende con toda sinceridad las expresiones de vecindad y cooperación que tan a menudo manifiesta". Y luego pone esta condenación del pacto de 1926: "Esta evolución en el pensamiento es fácilmente clara si comparamos el espíritu del nuevo pacto con el propuesto en 1926 que fué rechazado con indignación por la Legislatura de Panamá. En el corto espacio de diez años, puede notarse la casi completa revocatoria de la política". Ya lo dijimos, no se haga ilusiones el panameño. El imperialismo es astuto y en esta era de la política del buen vecino su técnica—como dicen ahora—es explotar precisamente nuestra imbecilidad. El escritor que tuvo acceso al recinto secreto del Departamento de Estado en donde el señor Hull es amo, es fiel elogiador de la buena vecindad y nos habla mal de lo que hicieron los amos de 1926. Lo sabemos y no ha de sorprendernos para vernos postrados pidiendo a Panamá que cuando conozca el nuevo pacto lo apruebe sin vacilar porque ha salido de las manos benéficas de los hombres que administran la política del buen vecino ideada por el segundo Roosevelt. Lo que nos toca aprovechar de las palabras condenatorias del escritor yanqui es el reconocimiento de que el pacto de 1926 es una cosa bochornosa que Panamá ha hecho bien en repudiar virilmente. Y nada más. Lo de la sinceridad y beneficios de la política del buen vecino para estos pueblos es algo que podemos dejárselo para que confite la píldora que los nuevos escitas se tragan complacidos y quieren hacernos tragar en esta penetración imperialista visible y brutal.

El mismo escritor Hinton dice del nuevo pacto: "Los Estados Unidos renunciaron voluntariamente cualquier derecho, supuesto o efectivo, de intervención: quitaron la garantía ofensiva de independencia y arreglaron la cuestión de adquirir tierras adicionales, si surgiera la necesidad irremediable de hacerlo, sobre una base que presupone cooperación amistosa por parte de Panamá". El pacto de 1926 obliga a Panamá a entregar a los Estados Unidos lo que éstos vuelven hoy acto de absoluta decisión por parte de Panamá. Ya es bastante que el Departamento de Estado se haya visto obligado a repudiar siquiera en el papel la humillación de que quiso hacer víctima a Panamá. Por otra parte, el proyectado nuevo pacto contiene otras tachaduras que son concesiones hechas a Panamá. El divulgador yanqui las encuentra tan atrevidas que duda de que el Ejército y la Marina de Guerra las aprueben. Supone que el Senado las vetará una vez que sean sometidas a su aprobación, así como la legislación de Panamá repudió las del pacto de 1926. Es el juicio del escritor. Y por él no debemos guiarnos. Panamá no debe ceder en beneficio del imperialismo yanqui lo que constituye su propiedad inalienable. El Departamento de Estado no es dueño de lo que pretende arrebatarle por el tratado de 1926. De modo que si habla de concesiones en el pacto de ahora, es porque sigue siendo la política imperialista de 1926 la que infunde este intento de sumisión.

Mas ya lo dijimos, lo que por ahora nos interesa dejar destacado como aleccionador en la conducta viril de Panamá es su conciencia de que es nación libre y no factoría yanqui. Por esa conciencia es que el Departamento de Estado imperialista respeta a Panamá y al cabo de diez años encuentra un pacto muerto al cual pretende dar vida revisándolo en apariencia. Panamá no ha capitulado ante el imperialismo como pretenden que lo hagan estos pueblos todos los escitas que celebran enternecidos la invención de los tratados comerciales y la conferencia interamericana. El imperialismo, que también tiene de escrita porque respeta al que alza el látigo de la dignidad y lo repudia, empieza a tratar a Panamá con respeto. No sorprenderá a las generaciones panameñas la política del buen vecino para hacerla tragarse un pacto engañoso. Esas generaciones luchan y saben vigilar.

Ah, para que en cada uno de nuestros pueblos se opusiera al escitismo la conciencia de que el imperialismo yanqui desprecia al arrimadizo! Habría régimen de opinión y no le sería fácil al Departamento de Estado impo-

ner sin otr lucha que la diplomática sus oprobiosos tratados. Pero hay letargo. No existen órganos de expresión y el capital imperialista ha logrado sumir en un estado de completa subyugación a la prensa de nuestra América. Casos aislados son los que se conocen en que el imperialismo ve siempre de frente y sin capitular la hoja impresa que no pueden podrir las agencias imperialistas. Cada día la conquista penetra un sector nuevo. El escitismo multiplica sus unidades. Pero no es para cruzarse de brazos que existe esta realidad. Mucho hay por hacer. Y se va haciendo. El caso de Panamá es admirable. El imperialismo cede y tendrá que ceder completamente. Si el panameño hubiera capitulado, Panamá sería ya la factoría. Afortunadamente en esa nación se lucha. Estos son los ejemplos nobles. Otros pueblos también luchan valientemente para librarse de la garra imperialista. Puerto Rico es otra inmensa lección continental. Dan ánimo para no desmayar estos casos de sacrificio creador.

A la lucha, entonces. Si tenemos la tarea escita, matémosla y a la lucha contra las maldades del imperalismo yanqui.

Versos nuevos

= *Colaboración*.—Costa Rica y abril de 1936 =

Invierno

Con el invierno he vuelto a escribir versos
y a pasearme por las tardes húmedas,
a leer libros muy pasados de moda
y a recordar cosas sepultadas.

Con el invierno me encarcelo en mi cuarto,
ninguna plegaria es más dulce que la lluvia
con el silencio de las gentes amadas
o con la compañía de los cuadros.

Amo la sombra suave de los aleros

El cielo es una paleta de pintor modernista,
pero yo amo — no esa suntuosidad —
sino la sombra suave que bajo los aleros
y los árboles grandes va filtrando su paz.
El frescor de la noche que anticipa sus mieles
y ver arriba el cielo cambiar tonos de fuego
por colores de luna.
Lo que yo amo es la sombra suave de los aleros
el rumor del tranvía y el pregón de la tarde.

La belleza

Clásica belleza, la que ha hundido
sus raíces en el tiempo
para dar una flor eterna.
Los que la injurian son los que la crean,
los que dicen fabricarla
la rebajan.

La cabeza del David de Miguel Angel

La mirada es más fiera que la honda que tiembla
por abrir en la frente su camino de sangre,
juvenil como un Dios, con la cólera ardiendo
en su frente con nubes y en su fuerte mandíbula.
El cabello que es griego, tempestuoso se estira
como vivas serpientes sobre el cuello tendido,
y en los ojos de mármol prende llamas la rabia
del que sabe que lucha por la fe y la justicia.

Provincia

El viento hace llover y llorar a los pinos,
detrás azules puros construyen el paisaje.
cantidades de brisa se llevan de las torres
la voz de las campanas.

En la iglesia encendida de cirios y vitrales,
las plegarias se suben por la piedra hasta el cielo
y una música espesa, cristalina y dorada
se riega en el silencio de la plaza callada.

Francisco Amighetti

Agradecimiento a Romain...

(*Viene de la página 264*)

mente, se inició la Europa espiritual. Comenzó uno a hablar y ya quedo roto el silencio. Uno se había levantado y ya podía formarse en torno suyo un núcleo similar, pues siempre hay valor en los hombres cuando uno solo ha demostrado como primero su valor. En aquel entonces advertimos una vez más, gracias a Romain Rolland, la fuerza infinita de la palabra. Sentimos que cuando la verdad le presta inesperada resonancia, puede resultar más fuerte que el tronar de los cañones, que el griterio del odio de los animadores lejos del frente, más fuerte que todas las órdenes y prohibiciones del Estado, y que puede ser libre, divinamente libre, en medio de un mundo esclavizado. Y mientras la historia recuerde la guerra — la más horrible que haya sufrido Europa, — tendrá que recordar también a este hombre aislado y su acción que dió voz a un ¡no! tácitamente sentido por millones de voces.

Pero Romain Rolland no tomó la palabra en esa sola oportunidad. Siempre que se registraba en nuestro mundo una injusticia, una opresión, una cobardía o bajeza, él contestaba para condenar y fustigar con su furor. Siempre estaba presente cuando se necesitaba ayuda, ayuda para el individuo, ayuda para pueblos, siempre del lado de los oprimidos, de los vencidos, de los humillados, siempre contra la fuerza insolente del poder y la petulancia de los llamados victoriosos. Por su propia fuerza se convirtió así en una instancia incomparable por su independencia y por estar a prueba de toda influencia. Por él adquirió el organismo informado todavía de Europa una alma y una conciencia, y cuando llegue el momento en que los Estados Unidos de Europa puedan celebrar la hora de su constitución, tendrán que recordarle como a su precursor, como al primer ciudadano de esa comunidad nueva, más grande y — es de esperarse — mejor que la formada por nuestros estados envidiosos y desgarrados. ¡Qué sensación de aplomo nos da a todos, en estos tiempos de artificioso estrechamiento espiritual, en una época de brutalidades, imperialismos y nacionalismos, saber que existe un hombre justo para con todos, libre de compromisos, firme en sus convicciones, sin entumecerse yor ello, independiente de todo partido e imparcial frente a todos ellos mientras están con el derecho, admirador de la no-violencia de Gandhi lo mismo que de la imposición dictatorial de un ideal en Rusia, admitiendo todo lo que considera capaz de conducir, por ende, a una libertad superior del género humano! ¡Qué riqueza constituye esa vida gracias a su participación y su interés omnímodo, esa universalidad casi única! Le sedujo la historia, le preocupó la actualidad, el porvenir es su pasión. La música le encantó, la poesía le atría, todos los filósofos han despertado su curiosidad. Amaba simultáneamente la amistad y la soledad, defendió la paz y luchó durante toda una vida, siempre adelante, siempre solo y, sin embargo, siempre para todos. ¡Qué hombre, por su gran humanidad! ¡Qué vida, por su inagotable participación en la vida! ¡Qué ejemplo y qué enseñanza para cada uno por sí que trate de pensar libremente y de mantenerse independiente! ¡Qué suerte, por eso, poder agradecer a Romain Rolland, al maestro, al guía, al amigo, al autor, por toda la corroboración que de continuo ha dado a nuestra vida!

Los Macdonald:...

(*Viene de la página siguiente*)

on"—era su lema inalterable, siniestramente celebrado por los malignos auditorios.

Hoy, en su decadencia física e intelectual y en desgracia política, el pueblo no repara en la labor que este hombre—instrumento acaso de intereses superiores—ha rematado felizmente. Si él es responsable del fracaso del socialismo, lo es también del auge económico del país. Dicen que en el sagrado de su conciencia sigue fiel a las doctrinas de sus años juveniles, y que si las subordinó un momento a los intereses de la patria en peligro, de ellas espera aún la definitiva justicia social. No ha querido aceptar títulos aristocráticos ni un puesto en la Cámara de los Lores. Pese a todas sus claudicaciones, pese al estigma de apóstata que le han colocado sus viejos compañeros de lucha, la figura de este hombre infunde respeto al observador sereno. Hay algo dramático en su declive y en ese orgullo con que ha afrontado siempre la impopularidad. No creo que haya estudiado todavía ninguno de sus compatriotas el drama de conciencia de un socialista que sin dejar nunca de serlo, toma el gobierno de la nave capitalista en momentos de peligro, y pacta con sus propios enemigos, desgarrando en la aventura su fama y su porvenir.

Londres, enero, 1936

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRICIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, $ 3.50
El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Los Macdonald: Ramsay, Malcolm y Miss Ishbel

Por LUIS CALVO

= De *El Sol*, Madrid. =

El "clan" escocés de los hijos de Donald está en decadencia. "Mac" es palabra gaélica, usada en Escocia e Irlanda como prefijo en ciertos patronímicos celtas, y vale por "hijo de". (Los irlandeses usan también el O' en el mismo sentido: O'Donnell, "hijo de" Donnell). El sistema feudal de clanes que distinguía a la comunidad celta, singularmente en tierra escocesa, subsiste aún como herencia social y adquiere la forma de una inquebrantable solidaridad familiar. Parece incluso que hay clanes con totem y que los "Macs" de idéntico origen conservan unas tradiciones peculiares y unas maneras propias de distinguirse cuando el azar los reúne al cabo de años y aun siglos de apartamiento. Los Macdonald deben de pertenecer a uno de estos viejos clanes ancestrales; su fuerza es la solidaridad.

Un mismo destino amargo los persigue ahora. Ramsay, el padre, fué como el hijo, Malcolm, derrotado en las elecciones generales de noviembre. Uno y otro, tenaces en la resistencia al infortunio, prueban estos días la misma suerte en elecciones parciales, luchando, no ya contra el desvío de los electores solamente, sino contra las organizaciones conservadoras. Siendo candidatos del Gobierno nacional, la masa más nutrida en que se asienta este Gobierno—los "tories"—, les es igualmente hostil. Las desventuras de padre e hijo asoman a diario, manchadas por la mofa, en artículos y caricaturas periodísticas. "Es verdaderamente vergonzoso que en un puro régimen democrático como el de la Gran Bretaña no tengan representación parlamentaria dos hombres a quien el pueblo no puede ya ver ni en pintura; habrá, pues, que buscar un sitio para ellos si queremos que las puras teorías democráticas se salven", decía el "Daily Express", zahiriendo los esfuerzos que el Gobierno hace por devolverlos al Parlamento, siquiera sea a contrapelo.

Mientras tanto, la hija, miss Ishbel, se apareja un buen pasar de hostelera en la hostería del Viejo Arado ("Ye Olde Plow Inn"), y previendo sagazmente un término de la carrera política del "clan", se despide, no sin júbilo, de todas las pompas mundanas. En su primera jornada de tabernera, la señorita Macdonald despachó más de mil "tankards" de cerveza. De todo el reino afluían los telegramas de felicitación. "Si seguimos así, podremos pagar con las ganancias la Deuda nacional", ha dicho a los amigos. Se organizan peregrinaciones a la aldea de la hostería, que tiene un nombre embalsamado de "geisha": "El tallo de flor". Caravanas de Escocia y de Inglaterra se saludan en el camino venerable de Oxford y rinden viaje frente al "Viejo Arado" cantando la canción escocesa de olvido de penas "Auld Lang Syne", cruzándose las manos para bailar en corro jocundo. No se recuerda—desde Chaucer...—romería tan alegre. Los bebedores levantan luego su taza de una pinta de cerveza amarga y brindan, al unísono por la simpática, por la jovial, por la graciosa ventera, ilustre como la Fregona, a quien las risueñas tradiciones del país han arrancado definitivamente de las garras avaras de la política al uso: "Hip, hip, hip, hurrah!"



Ramsay Macdonald
(1923)

Pero el padre y el hijo se afianzan a la vida emponzoñada de la política. No pueden curarse de este mal de opio, que los tiene intoxicados. Al padre, que ha ocupado tres veces y por largas temporadas la posición más elevada a que un político puede aspirar, dirigiendo tanto los destinos de un vasto Imperio inigualado, cuanto, en cierta medida, los del mundo entero, le acecha por doquiera el infortunio; un infortunio de faz jocosa, adonde dan las burlas y vayas de todos. En política no hay buenas maneras ni sentimientos. Si Ramsay Macdonald tuviera valor para encararse con su pasado de socialista revolucionario, ¡con qué sabroso regodeo contemplaría las muecas de pánico e ira de los mismos rostros que hoy se ensanchan de risa ante su desgracia!

Fué pacifista y un poco germanófilo durante la guerra. Había empezado sórdidamente su vida como secretario y maestro de escuela. Se había sumado con pasión al socialismo; al socialismo extremista, tan irreconciliable con la burguesía como con el tacaño obrerismo de corto vuelo de los "trade-unions". En 1906, desconocido, desgarbado y mal trajeado, se sentó por primera vez en los Comunes, donde llegó a ser jefe de la oposición de Su Majestad. Se hizo notable por la intransigencia de su carácter y el vigor de su argumentación revolucionaria. Como orador, imantaba a las masas y amedrentaba a los conservadores. En 1914, arriesgó su carrera política y su vida misma en una campaña tenaz contra la guerra; en 1917, saludó a la revolución comunista, y quiso hacer un viaje de catecúmeno a la tierra de Lenin. Su idealismo le granjeó el odio de sus compatriotas y un fracaso electoral en las elecciones de 1918. Más tarde, cuando al alborozo del triunfo siguieron la decepción y el convencimiento general de que el triunfo no compensaba las expensas en dinero y en vidas humanas, hubo gente que se volvió a Macdonald como arrepentida de su primera reacción iracunda y como buscando un guía perseverante y doctrinario. Churchill le calificaba—ya entonces—de divagador errático e insustancial.

Y así fué reconquistando el prestigio perdido. Un año, como por encantamiento, se encontraron los laboristas con la gracia del Poder, otorgada por Su Majestad, no a un grupo que tuviera mayoría definida, sino al grupo más numeroso, y las diferencias eran tan pequeñas en aquella Cámara, que—dicen hoy todos los historiadores—la entrega del Poder al laborismo hubiera podido evitarse constitucionalmente. Las clases directoras, la City y la aristocracia vieron llegado el fin del mundo. En un artículo que acabo de leer, publicado cuatro días antes del primer Gobierno laborista (enero de 1924), el conde de Birkenhead, diputado entonces y cantor de las dotes de inteligencia y elocuencia que realzaban la figura de Ramsay Macdonald, escribía: "Macdonald es un socialista temible; es un doctrinario como Robespierre y Cobden: dos hombres que estuvieron siempre dispuestos a aplicar sus doctrinas férreas sin preocuparse de la vida y la felicidad de sus semejantes". Alguien osó dudar de las facultades mentales del Rey. ¿Cómo podía hacerse entrega del Imperio a un revolucionario desharrapado y rencoroso, "derrotista" en los años de la guerra, ligado al comunismo, amigo personal de Trotsky y de Lenin, alentador de la rebeldía en el Imperio y presunto depredador de las riquezas del país? "La Constitución británica — se escribía— no ha llegado a desarrollarse de tal modo que sirva de protección contra las expoliaciones de la propiedad. Una Constitución escrita como la de los Estados Unidos haría imposible que un Macdonald cualquiera realizara la revolución social que aquí vamos a ver muy pronto". De esta manera tan elegante recibieron a Ramsay los viejos políticos, burgueses y aristócratas del Imperio.

A los pocos días, acreditaba el jefe socialista su flexibilidad, y los palaciegos lo embalsamaban en una atmósfera aterciopelada de halagos. Fracasaron esa vez, y la vez siguiente, los socialistas. Macdonald iba haciéndose más atildado, más elegante, más decadente; el pelo se le volvía gris, y su hermosa cabeza de celta, envuelta en una melena suave y discreta, dábanle empaque y señorío. Se le notaba elegantemente cansado de las luchas pasadas, distribuyendo halagos y mercedes. Cortó aristas a su elocuencia, y se quedó con un florilegio de bellos tópicos. El espoleo revolucionario a las masas se convirtió en el espoleo para la reconstrucción nacional. "Arriba y adelante"—"up and up and up, on and on and

(Pasa a la pág. anterior)

Imp. La Tribuna